

Virgilio en el «Tesoro» de Sebastián de Covarrubias

AI. El *Tesoro de la lengua castellana o española* del canónigo Sebastián de Covarrubias (Madrid, 1611)¹, al que los contemporáneos se refieren como *Etimologías* o *Liber de hispanae linguae etymologiis*, recuerda en muchos aspectos el *Universal Vocabulario* de Alonso de Palencia (APal.)² y se relaciona más

¹ Hubo una segunda ed., también en Madrid, con adiciones del P. Benito Remigio Noydens, 1.^a parte, 1674; 2.^a, 1673, con orden inverso de fechas según los pies de imprenta. De la ed. de 1611 hay ed. facs. de tamaño muy reducido en la Hispanic Society de Nueva York; de la 2.^a, una impresión moderna (Barcelona, 1943, reim. ib., 1987), valiosa por la introducción de Martín de Riquer, pero desfigurada en el texto, que después de sufrir de mano de los primeros tipógrafos (cf. *Vulcón* por “un ladrón” s. v. *ladrón*), quedó malparado en la 2.^a ed. (cf. *considium* por *considunt*, s. v. *baluarte*, *condam* por *quondam*, s. v. *Sicilia*), y es ininteligible hoy también por la interpunción de las explicaciones (cf., p. ej., s. v. *(H)esperia*), y por el traslado irracional de la letra cursiva. Tenemos noticia de que doña Olimpia Andrés Puente, del Seminario de Lexicografía de la R. Academia, se está dedicando a las labores preliminares de una edición crítica. En nuestro ensayo nos referiremos también al “Suplemento del *Thesoro de la Lengua Castellana* de Sebastián de Covarrubias, compuesto por el mismo, como lo refiere en la voz *Covarrubias* y lo repite en otras”, MS 6.159 de la Biblioteca Nacional, del que podría hacerse un estudio parecido al que aquí presentamos. No hemos visto la transcripción y estudio de B. Bayliss, como parte de una tesis de la Univ. de Illinois (1959).

² Sevilla, 1490; hay ed. facs. (Madrid: RAE, 1967).

directamente con el *Vocabulario español-latino* (1495) de Antonio de Nebrija³ y con el *Dictionarium* de Ambrosio de Caleppio o “Calepino” (que antes de 1611 se había difundido en toda Europa en unas 136 ediciones⁴); en medida menor, con otros Léxicos, como el *Thesaurus linguae latinae* o *Forum Romanum* de Celio Segundo Curione (impreso en 1576 y reimpresso en 1604 por los Froben en Basilea⁵) y el *Nomenclator* de Adriano Junior⁶, si nos limitamos a tres obras lexicográficas

³ Hay ed. facs. de la R. Acad. (1951).

⁴ Se publicó primero en Reggio Emilia en 1502 con el título de *Cor-nucopia*; fue impreso más de 184 veces en Italia y fuera (no en España, donde, sin embargo, circuló ampliamente). En su “enmienda” y ampliación intervinieron muchas manos, con las consiguientes variaciones en el texto. Para este trabajo nos hemos valido de la ed. de Lyon, 1570, que poseemos. Para la enumeración de las eds., cf. A. Gallina, *Contributi alla storia della lessicografia spagnola dei secoli XVI e XVII* (Florenca, 1959), págs. 112-9.

⁵ En ambos casos sin el nombre del autor. Para éstos y otros léxicos, véase, además de los respectivos preliminares, I. Hollings, *Praefatio quae praefixa est editioni londinensi anni 1735 in qua disseritur de praecipuis Lexicis latinis eorumque auctoribus*, en R. Estienne, *Thesaurus linguae latinae ... accesserunt nunc primum Henrici Stephani ... Annotationes* (Basilea, 1740; ed. facs. Bruselas, 1964), págs. 3 y sigs. En el curso de nuestro estudio nos referiremos también a Ch. Du Cange, *Glossarium Mediae et Infimae Latinitatis* (reimpr. París, 1883); E. Forcellini, *Lexicon totius Latinitatis* (Padova, 1864-87; reimpr. ib., 1940), y *Thesaurus Linguae Latinae* (Leipzig, 1900).

⁶ *Nomenclator: Omnium rerum propria nomina. Septem diversis linguis explicata indicans ... omnibus politioris literatura studiosis necessarius ... cum indice locupletissimo*; hemos visto la ed. de Frankfurt, 1541. Las nomenclaturas tratan “De re libraria ... de homine, de animalibus quadrupedibus”. La palabra lat. va seguida del nombre de una “autoridad” y, tras la definición, por los equivalentes en varias lenguas. Sigue un apéndice geográfico.

⁷ No vienen a cuento para nuestro tema los pequeños glosarios latino-españoles o español-latinos divididos por campos semánticos que Lorenzo Palmireno publicó con el título de *Vocabulario del Humanista* (Valencia, 1569; ed. facs. Valencia, 1978), con equivalentes también en valenciano y otras lenguas, a falta de término español; Covarrubias se refiere a él (cf. s. v. *perla* “Vide Palmirenium in suo (*sic*) vocabulario metallium (*sic*)”) y a otras obras del catedrático valenciano. Entre 1570 y 1607 se habían publicado también numerosos diccionarios bilingües (español e italiano, inglés y francés). Para una primera aproximación sirve todavía la *Biblioteca Histórica de la Lengua castellana* del Conde de La Viñaza (Madrid,

importantes para el latín⁷, a las que se agregan los diccionarios griegos⁸.

2.1. Además de lexicógrafo, Covarrubias es “hombre de muchas letras”. No escribe para “romancistas”, sino que quiere “satisfazer a los que han estudiado lenguas y diciplinas” (cf. s. v. *çafir*, *celoso*, *fénix* et passim). Le mueve el afán de abarcarlo todo; al mismo tiempo se queja de la plétora editorial: “Hanse dado tantos a escribir, que ya no hay donde quepan los libros ... ni hay cabeça que pueda comprehender ni aun los títulos d'ellos”; y se inclina hacia “la medula del texto ... que si se estudiase él solo, con luz de algunas glossas breves y ciertas se sabría de raíz” [s. v. *escribir* (2)].

2.2. Su estilo es discursivo y falto de método. Parece alargarse demasiado, pero a veces se presenta como un resumen poco claro y hasta incorrecto de las fuentes. Una amplitud excesiva caracteriza especialmente las cuatro primeras letras del alfabeto. Luego el miedo de no acabar (había nacido en 1539)⁹

1893; reimpr. ib., 1918), y para el parangón con otros Léxicos, el *Tesoro Lexicográfico* (1492-1726) de S. Gili Gaya (Madrid: CSIC, 1947); A-E. En el CSIC de Madrid, el Sr. Lidio Nieto está preparando una edición completa.

⁸ Los remites al *Lexicon graecum* pueden rastrearse, por lo general, al diccionario de este título impreso en Basilea, Ioan Walder, 1539; cf., p. ej., s. v. *diáfano*; también se refieren al de Adriano Junius, del que hemos visto la ed. de Basilea, 1549, y al de Juan Scápula (Basilea, 1580), y posiblemente al *Lexicon graecum-latimum* de Jerónimo Curione (ib. 1554). No hemos podido identificar la alusión a Stefano s. v. *Amazonas* (cf. la reimpresión moderna del *Lexicum graecum* de Henry Estienne (París, 1831-1856). El de Scápula es un epítome de éste.

⁹ “Sería la obra inmensa y el atrevimiento grande, escribe s. v. *candela*, querer yo de propósito tratar y comprehender en un volumen lo que han escrito en muchos los professors de cada facultad, que ni yo tengo talento para ello, ni me puedo prometer vida tan larga, que pudiese, mal o bien, acabarlo.”

Para datos biográficos sobre S. de Covarrubias y la redacción y publicación de sus obras, cf. la introducción de M. de Riquer (v. n. 1) y A. González Palencia en *Historias y Leyendas* (Madrid, 1942), págs. 285-466. A las fechas que se señalan, en particular el 25 de noviembre de 1606, s. v. *Catalina*: “el mesmo día que esto se escribe en Valencia”, agregamos aquí la del comentario del P. La Cerda (1608), v. i., n. 61.

le hace optar por una mayor brevedad¹⁰, con una repartición y elaboración distinta de los materiales, pero sin uniformidad alguna.

3.1. Tras la abundancia de noticias o que la tiranía del alfabeto y la falta de un método uniforme presentan como fragmentarias y a menudo confusas, se trasluce, sin embargo, la articulación tradicional del saber, transmitida de la antigüedad y de la alta Edad Media, y vuelta a proponer por las *Etimologías* de S. Isidoro (a las que el canónigo conquense podía acceder gracias a la edición de Juan de Grial¹¹), con su agrupación y estudio del léxico según las disciplinas del trivium y quadrivium, de la medicina, derecho, teología, cánones, política, zoología, geografía, arquitectura y agrimensura, mineralogía, agricultura, arte militar, marina, artes y oficios, y con la sumisión de todas ellas a la comprensión última, teológica, que la Contrarreforma buscaba con renovado ardor.

3.2. En cuanto a la idea que el autor del *Tesoro* se había formado de la lengua, hemos de constatar que oscila entre una concepción voluntarista y otra de la conexión necesaria entre el signo y la cosa, en la lengua primordial, la hebrea, y, por herencia, en las demás, tras la inevitable corrupción.

3.2.1. La idea de la arbitrariedad del signo lingüístico la afirma s. v. *lengua* (I) (cuyo artículo contiene in nuce una his-

¹⁰ Para dar una idea de la distribución (aunque obste la manera desigual en que están articulados los lemas), señalaremos el número de artículos y el de páginas que caben a cada letra (en la ed. de 1943): A 1.355 arts., 151 págs.; B 532 arts., 72 págs.; C 1.036 arts., 140 págs.; Ç 378 arts., 148 págs.; D 697 arts., 49 págs.; E 913 arts., 86 págs.; F 355 arts., 36 págs.; G 457 arts., 54 págs.; H 325 arts., 35 págs.; J 118 arts., 16 págs.; I 262 arts., 19 págs.; L 342 arts., 30 págs.; M 749 arts., 45 págs.; N 164 arts., 9 págs.; O 181 arts., 9 págs.; P 749 arts., 40 págs.; Q 84 arts., 1 pág.; R 529 arts., 24 págs.; S 480 arts., 29 págs.; T 583 arts., 35 págs.; U 49 arts., 3 págs.; V 290 arts., 25 págs.; X 51 arts., 2 págs.; Z 67 arts., 2 págs.

¹¹ *Opera. Pars prima et altera* (2 vols. in fol.), impresa en Madrid en la Tipografía Regia en 1599. Colaboró en ella también el helenista Alvar Gómez.

toria del castellano): “no hay lengua que se pueda llamar natural; pero la razón tiene fuerza en el hombre de formarla a su beneplácito”.

De ahí la observación no prevenida del uso lingüístico en su propio idioma y la convicción de que hay que percatarse de las diferencias entre las lenguas y “guardarlas”, al “intervenir” entre una y otra (cf. s. v. *lengua* (1), *intérprete*, *glosa*).

3.2.2. La otra idea de la conexión natural del nombre con la cosa, fundada en Gén. 2.20 y avalada por el *Cratilo* de Platón, muy difundida entonces, aunque no compartida por todos¹², la afirma Covarrubias a renglón seguido en el mismo art. *lengua* (1); a saber: “Lo cierto y sin contradición es que la primera lengua que se habló en el mundo fue la lengua hebrea, infundida por Dios a nuestro primero padre”; y prosigue a lo largo de la obra afirmando la conexión susodicha para la lengua hebrea; p. ej., s. v. *nombre*: “Si se huvieran conservado los nombres que Adán puso a las cosas, supiéramos sus esencias, sus calidades y propiedades”, y funda en ella todo el sistema de las etimologías, semíticas et non, que hallaba en sus fuentes y que él mismo cultivaba con entusiasmo.

4.1. La etimología, que Covarrubias define sub voce como compendio del “ser de la cosa, sus cualidades, su uso, su materia, su forma”, ha de servir de clave de comprensión. Por ella había tenido que luchar “a brazo partido” (según declara en la carta al lector) con las principales lenguas, la “latina, griega, hebrea y árabe”, revolviendo diccionarios (y consultando expertos para el árabe), y sin distinguir entre la descripción propiamente léxica y la de la cosa¹³.

¹² Como, p. ej., Francisco de Vallés, que en su *De sacra philosophia* dedica un capítulo memorable, el 8 (ed. Turín, 1587, págs. 63-81), al carácter convencional de la palabra (tras reconocer la eficacia mágica, y médica, de algunas).

¹³ Habría que empezar desde Isidoro, quien había combinado el saber gramatical con viejos sustratos que creían descubrir un reflejo de la verdad real en la fuerza interna de las denominaciones; cf. J. Engels, “La portée de l'étymologie isidorienne”, *Studi medievali*, 3 (1962), 1-30. Para una introducción práctica puede servir Bartolomé Valverde, “Vocabulario

4.2. La etimología (y con ella la simbología y la etiología) abarca también a los nombres propios y da pie, como parte de la gramática sensu lato, para la investigación de la historia, de la toponomástica y de los mitos, especialmente de las transformaciones o metamorfosis, que, bajo la corteza de la ficción poética, esconden verdades trascendentales, ocultas a los indoctos (cf. s. v. *fábula*).

5. Una edición crítica del *Tesoro* presupone el cotejo lema por lema con los antecedentes lexicográficos (v. s. I et i. 9.I.I), que el autor indica, o no indica, y la labor no menos ardua de la colación con las demás fuentes eruditas, que también nombra o da por conocidas. La búsqueda de las fuentes sería más fácil si dispusiéramos de un trabajo análogo previo para los *Emblemas morales* del propio Covarrubias¹⁴. Pero mientras que para éstos contamos con sólidas recopilaciones y una abundante bibliografía¹⁵, las numerosísimas obras utilizadas en el *Tesoro* son casi todas vírgenes; lo es la difusísima *Mythologia* de Natale Conti

etimológico con algunos presupuestos necesarios para saber inquirir y deducir las etimologías castellanas y de otras lenguas”, MS Esc., L 1.2 (cf. La Viñaza, págs. 816-19, donde viene fechado como de 1600). Lo he visto en la copia ms de la R. Academia, 3-A-6. Con la autoridad y ejemplo del *Cratilo* de Platón el autor ofrece gran acopio de “raíces” semíticas, tras afirmar que “sólo hay que hazer cuenta de las consonantes” y ejemplificar cómo hay que “quitar y añadir letras”. Remitimos también a las instrucciones de cómo sacar “etimologías de latín en los caps. 10-13 en el libro 2 de Bernardo de Aldrete, *Del origen y principio de la lengua castellana o romance que (h)oy se usa en España*” (Roma, 1606) (la obra fue reimpresa en la ed. de 1674-3 del *Tesoro*. Hay ed. facs. de L. Nieto (Madrid: CSIC, 1972-75).

¹⁴ El autor los había publicado un año antes, con retraso respecto a su composición por la dificultad de encontrar oficiales que le trasladaran los grabados. Pueden verse en la ed. facs. de C. Bravo Villasante (Madrid: Fundación Universitaria, 1978).

¹⁵ A. Henkel, A. Schöne, *Emblemata, Handbuch zur Simbildkunst des 16. und 17. Jahrhunderts* (Stuttgart, 1967; reim. especial, ib. 1978), donde los emblemas de las principales colecciones aparecen divididos por temas, con la respectiva descripción, e indicación de las eventuales fuentes. Para la tipobibliografía, cf. J. Landwehr, *French, Italian, Spanish and Portuguese Books of Devices and Emblems 1534-1827. A Bibliography* (Utrecht, 1976).

(Venecia, 1555), tantas veces reimpressa; se han estudiado en su tema propio las obras geográficas de Abraham Ortelio¹⁶, para no nombrar más que a dos autores de los más citados en el *Tesoro*, sobre los que volveremos luego.

Para el acceso a ellas servirán en parte los magníficos índices o “tablas” que a menudo acompañaban los libros de antaño (“perlas que nos alivian el inmenso trabajo” las llama s. v. *aljófar*)¹⁷. No olvidemos que el autor dedica una entrada a la voz *concordancia* (allí aparece mencionada la bíblica de Hugo de San Caro)¹⁸.

La labor de identificación se ve simplificada por el hecho de que Covarrubias a menudo traslada lo que leía en sus fuentes, conservando hasta el idioma original, el latín, o traduciéndolo y/o parafraseándolo; se ve complicada por cuanto los materiales, especialmente los léxicos, se habían transmitido de un Léxico en otro.

6. En relación con las fuentes lexicográficas señalaremos aquí dos aspectos importantes.

6.1. Para las definiciones de las entidades susceptibles de

¹⁶ Cf. *Synonymia geographica* (Amberes, 1578), con referencias a Virgilio entre los demás autores clásicos, incorporada luego en el *Theatrum orbis terrarum* (ib. 1570, ed. facs. Lausana, 1964), trad. española, *Teatro del orbe de la tierra* (ib. 1588, 1602); también hay una *Epítome del Theatrum* (ib. 1588).

¹⁷ Piénsese en los índices en varios idiomas de “Laguna sobre Dioscórides” (v. i., n. 18), o en los de Ortelio, que incluye para la toponomástica vernácula un “Elenchus vocabulorum recentium et barbarorum”.

¹⁸ Véanse también las concordancias que Nicolás Perotto antepone a su *Cornucopiae*, extensísimo comentario de Marcial, más las eds. de Varrón, Festo y Nonio. Tras los incunables de 1483 y 1499, hay edd. en 1504, 1506, etc. Señalamos de paso que *cornucopia* aparece como nombre común s. v. *cuerno*.

El siglo XVI fue muy fértil en concordancias e Índices. Véanse, para la parte doctrinal y mitológica, los dos tomos del *Index operum Domini Alfonsi de Madrigal cognomento Tostado ... autore Francisco Fontano* (Valladolid, 1547). Covarrubias remite a menudo a la obra en 3 tomos *Dictionarium seu repertorium morale fratris Petri Berchorii [Bersuire] Pictaviensis ordinis divi Benedicti* (París, 1520-22; Venecia, 1575, 1583, etc.).

ellas siguen imperando los tratadistas de la antigüedad, Aristóteles, Plinio, Teofrasto, Dioscórides (publicado en latín bajo la dirección de Nebrija [Alcalá, 1518]), a los que Covarrubias agrega los modernos, entre ellos Alonso Hernández de Herrera¹⁹ y, sobre todo, "Laguna sobre Dioscórides"²⁰ ... Giovanni Pierio Valeriano Bolzanio en su *Hieroglyphica* sirve de puente entre la descripción del mundo natural y su simbología²¹, Alciato y los otros autores de *Emblemas* mantienen vivo el sentido de su polivalencia (v. i. B 3.3).

6.2. Por el florilegio que contiene de pasajes de autores latinos el *Tesoro* es deudor de los léxicos citados al comienzo (excepto el *Lexicon* de Nebrija, que no es más que un anticipo del magnum opus que el humanista andaluz tenía planeado²²), y entronca con la lexicografía anterior especialmente en cuanto a las citas de autores latinos: éstos, y en particular Virgilio, habían sido objeto precipuo de la gramática y del estudio del léxico, desde la escuela romana, pasando por autores tardoantiguos como Nonio Marcelo²³, y luego por Isidoro²⁴, hasta llegar a las recopilaciones del humanismo, con, entre otras, el *Cornuco-*

¹⁹ *Obra de Agricultura* (Alcalá, 1513; reimpr. facs. con introducción de T. F. Glick, Madrid: Ministerio de Agricultura, 1981). V. q. BAE, 245.

²⁰ Apareció en Amberes en 1555. Puede verse el facs. de la 3.^a ed. de Salamanca, 1566; Madrid, Instituto de España, 1968, con estudio preliminar de T. Hernando de Herrera.

²¹ *Hieroglyphica sive de sacris Aegyptiorum aliarumque gentium literis commentarii* (Basilea, 1556); cf., p. ej., s. v. *ciervo*.

²² Nos referimos al *Lexicon ex Latino sermone in Hispaniensem* (Salamanca, 1492; ed. facs. Barcelona, 1979). Los dos Vocabularios se publicaron muchas veces juntos desde 1512 (ed. aumentada), y con los nombres propios, muchos de ellos toponomásticos, que antes habían estado incorporados con los comunes, aparte.

²³ Citamos del *De compendiosa doctrina*, que consta de 20 libros de datos lexicográficos y gramaticales (libros 1.^o-12.^o) y de "antigüedades" (libros 13-20); entre otras muchas citas ascienden a más de 1.500 las de Virgilio; cf. la ed. de W. Lindsay (Leipzig, 1903), 3 vols. Tras la ed. princeps de 1470 había habido numerosas ediciones de la obra por sí o junto con la de Varrón y el epítome de Festo; v. q. i., n. 56.

²⁴ La ed. de W. M. Lindsay (Oxford, 1911) se reproduce ahora en *Etimologías*, ed. bilingüe de J. Oroz y M. A. Marcos Casquero (Madrid: BAC, 1982-83).

piae de Nicolás Perotto, ya mencionado, y las tardías del barroco. Tales citas, con las que Covarrubias entremezcla algunas de autores griegos traducidos al latín y otras de autores modernos, especialmente italianos, constituyen una parte importante de los artículos en que están insertas, no sin trascendencia para con la lengua española, según luego veremos.

7. El *Tesoro* prosigue, pues, la labor de los Léxicos anteriores, o ha de compararse con ellos, en cuanto a la selección del material onomástico y léxico y en cuanto a la manera de describirlo o analizarlo.

Con la limitación que veremos en 8.2, el latín manda en parte para la elección de los lemas, por lo general indirectamente; más a menudo directa o indirectamente, para los lemas interiores o sublemas, vengán o no vengán sugeridos por equivalencia (v. i. B 3.8.2.1).

7.1. En la inclusión de los nombres propios, Covarrubias se queda corto respecto a Nebrija (v. s. 6.2, n. 22) y Calepino, pero también los supera en extensión por la variedad de la erudición tardía que incorpora.

Los nombres comunes que dan pie para hablar de realia de la antigüedad clásica (cf. *cesto*), vienen entremezclados a los otros de manera más o menos arbitraria, y desigual en cuanto a la articulación. De la medida en que el *Tesoro* desborda en la enciclopedia, y aun en la silva de varia lección, tenemos ejemplos en los arts. *abeja*, *águila*, *ciervo*, *cuerno*, *cuna*, *elefante*; y sirven de aviso las advertencias del autor cuando se refrena de alargarse más; p. ej., s. v. *huerco*.

7.2. Como Nebrija y Calepino, Covarrubias quiere redactar un diccionario global de la lengua, empezando por la glosa de las letras del alfabeto, e incluyendo las palabras gramaticales y hasta formas del paradigma (como (*h*)a de *haber* bajo la letra *a*) y morfemas como son los prefijos (“*des* responde a la preposición (sic) latina *dis*”). V.q., Suplemento: *ea*.

7.3.1. En cuanto a la selección de los lemas dentro de la tradición lexicográfica, recordaremos que un puesto importante

se reservaba a las palabras “difíciles”, generalmente grecismos, por el aprecio de que el griego gozó aun en épocas que lo ignoraban (cf. Alonso de Palencia, APal), pero también a voces de comprensión universal, presentes en los autores y cuyo conocimiento daba por consabido (cf. Nonio “*Iacet significantiam habet manifestam*”, 3.2.6.25; v. i., n. 23).

Unas y otras se examinaban en uno o más aspectos, como son, además de la etimología, la fonética, la morfosintaxis, la semántica, el uso traslaticio, acorde con la escasa diferenciación entre lexicografía y gramática.

7.3.2.1. Dentro de los artículos, Covarrubias agrupa las palabras por temas, como sus predecesores; cf. “de *rozió* se dixo *roziar, roziado, roziada*”; menos, en cambio, por sufijos; cf. Calepino: *taurinus: leporinus, caprinus*; y antes APal: *luculentus: somnolentus, temulentus*.

7.3.2.2. También practica la descomposición o *derivatio*; p. ej., explica *resonar* como “hazer sonido de recudida o sonar mucho”; y se fija en la diferencia por el género: *cántaro* (s. v.) / *cántara, cesta* (s. v.).

7.3.3. En conexión con la copia verborum, cuyo ejercicio formaba parte de la enseñanza²⁵, alinea palabras afines, latinas, y a veces también españolas: “*feroz*: del nombre latino *ferox, elatus, saevus, crudelis, vehemens, immanis*”; “*alegría* ... latine *laetitia, gaudium, hilaritas*, dízese por otro nombre *regozijo* ...” (diferencia luego entre *gozo* y *alegría* ...) y palabras opuestas, como *atregrado* / *perenal*, “*hueco*: su opuesto es *maziço*”; cf. Calepino: “*malignus* (cuius antitheton est *benignus*)”.

7.3.4. Agréguese que tradicionalmente las palabras (y aquí remitimos especialmente al *Thesaurus* de Curione) se presentaban en forma sintagmática, no sólo en cuanto al régimen de los verbos, sino en la unión de nombre y adjetivo y otras combina-

²⁵ Cf., p. ej., A. Gallego Barnés, *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579). Un humanista aragonés en el Studi General de Valencia* (Zaragoza, 1982), pág. 94.

ciones, y en la recopilación de frases, como en las *Elegantiae* de Pablo Manucio ²⁶.

7.4. En conjunto puede afirmarse, pues, que en el *Tesoro*, tanto la copia rerum como la copia verborum, íntimamente entrelazadas en el saber humanístico, y entremezcladas y confundidas por el humanismo feneciente, se alimentan del latín. Éste, además de ofrecer la cosecha más abundante de etimologías, es todavía la lengua lexicográfica por antonomasia. Agréguese, y esto cala más hondo, que la conciencia lingüística del autor se había formado principalmente en los Léxicos latinos y comentarios de obras en esta lengua.

8. Intervienen también otros motivos para la presencia del latín, y también para su limitación.

8.1. Para la presencia ha de tenerse en cuenta la latiniparla imperante, que se manifiesta en expresiones como “el hieme o el invierno”, s. v. *estío*. Por las prisas de la redacción, el autor lo mismo escribía, s. v. *venado*: “d’este nombre le toma en latín el *caçador* y le llamamos *venator*”, que, s. v. *alma*: “dize Festo que *alma* dicitur ab alendo”. Las versiones ocasionales (v. i. B 3.6) no están exentas de errores: cf. s. v. *estrago* “hazer estrago y carnicería” ← E 6.585 *dare poenas* ‘pagar’ ²⁷.

8.2. De sus predecesores le llegan hasta los lemas algunas palabras latinas (cf. *currus*, con Calepino), y los latinismos apremian por su admisión, al hilo de las citas de autores clásicos (v. i. 10.1.1). Proporcionalmente, sin embargo, cuando no vienen de la mano de juristas, canonistas y eclesiásticos, como voces de ámbitos especiales, son relativamente pocas en los lemas: *can*, palabra “latina”, la admite por mor de los refranes e incluye con

²⁶ Fueron traducidas al español por J. L. Palmireno como apéndice a su tratadito *El latino de repente* (Barcelona, 1578).

²⁷ Para la historia de la enseñanza del latín y el latín de los pedagogos, cf. L. Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)* (Madrid, 1981).

reservas *ambrosia* y *énfasi* (por estar “tan introduzidas”)²⁸; de *dissipación*, s. v. *dissipar*, advierte: “no tan usado”; *cornupedia*, s. v. *cuerno* la excluye como ‘latina’.

8.3. En el interior de los artículos, sin embargo, los latinismos vuelven por sus fueros; p. ej., para los fitónimos: “*avellano*: el árbol... dicho *córido*”; se prestan como más exactos para las definiciones: “*contar*: numerar”, “*lavar*: mundificar”²⁹, aparecen en las explicaciones arqueológicas; véanse, p. ej., *litamen*, s. v. *corona*, o *lítos*, s. v. *hazes*.

8.4. La ortografía latina (y el ejemplo del Calepino; cf. s. v. *trophaeum*) frena una tendencia que, dentro de las vacilaciones de la época, propende hacia la representación fonética³⁰.

9. Además de ser un *Thesaurus* latino, parcialmente traducido al español, y un Diccionario bilingüe, español-latino y viceversa (y aun a veces plurilingüe), el *Tesoro* es un diccionario español sui generis, muy distinto en esto del *Vocabolario degli Accademici della Crusca*, que, publicado sólo un año más tarde, servirá de modelo a los grandes diccionarios modernos.

²⁸ Posiblemente se opone el autor a los culteranismos cuando se refiere a “la bachillería de los razonadores que lo han adelgazado tanto (el lenguaje) que no se conocen (las palabras latinas)”.

²⁹ Las definiciones lexicográficas serían desde antiguo un vehículo para latinismos como *cóncavo*, que hallamos en APal y luego en el *Tesoro*; cf. s. v. *caverna*: “en estos lugares *cavernosos* suele formarse el echo, y en qualquier cosa que está *cóncava* (nótese la generalización) haze un gran sonido hueco”. También se dan versiones dobles, como s. v. *dgenerar*: “transfiérese a las plantas que traspuestas o enxertas...”. La situación opuesta se da cuando el lema es un latinismo; cf., p. ej., el art. *sedición*.

³⁰ Formas como *elecho* y *Esperia* hacen pensar en una tendencia como la que ha prevalecido en Italia; *güeso*, *güevo*, etc., en el respeto del uso común; v. q. *hebrero* s. v. *febrero*. Por otra parte, se manifiesta el escrúpulo por la ortografía “verdadera” según el idioma de origen (así para *character* s. v. *carater*), inspirado también por las consideraciones que leía en Calepino. Frecuente es también el hipercultismo, p. ej., en la voz *epíteto* (transcribimos *epíteto*).

9.1. Ya nos referimos a la atención que Covarrubias presta a su propio idioma (3.1.2); o sea: por el español en su desarrollo cronológico y en sus distintos niveles sincrónicos, por grupos ocupacionales, edades, regiones (en virtud del contacto que había tenido durante sus estancias en varias partes de la Península, especialmente en Valencia); y en el ámbito no sólo de las palabras, sino de frases y refranes³¹. Veremos luego cómo la lexicografía latina serviría de acicate y ejemplo; las citas de autores clásicos, de modelo para dar prestigio al idioma vulgar.

9.1.1. Como diccionario español, el *Tesoro* tiene sus “fuentes” propias, en el mencionado Vocabulario de Nebrija³², que le sirve de pauta para la distribución alfabética; en el propio Calepino plurilingüe (desde 1559), que ofrece equivalentes castellanos de los lemas latinos³³, y, en medida menor, en las obritas de Lorenzo Palmireno (v. s. A 1, n. 6), en el glosario de Alejo de Venegas³⁴, en las apuntaciones etimológicas del Brocense³⁵,

³¹ No ha de olvidarse que nuestro autor era hijo de Sebastián de Orozco, autor del conocido *Teatro Universal de Proverbios* (glosados en verso); cf. ahora la ed. de E. J. Hernández (Univ. de Groningen y de Salamanca, 1986).

³² Le recuerda a menudo expresamente; cf. s. v. “*alcaçava*: A. de N. buelve *fortaleza, arx arcis*”. La modalidad de presencia, que habrá de describirse por extenso en otro lugar, va desde la reproducción exacta (incluyendo a veces peculiaridades fonéticas; cf., p. ej., *musaiço*) hasta la paráfrasis aclaradora.

³³ Desde la ed. de Lyon, 1559, el Calepino es transformado en cuatringüe y luego en plurilingüe. Las equivalencias españolas están sacadas en parte del *Lexicon* de Nebrija (de una ed. posterior a la revisada en 1512); por lo que Covarrubias a veces discrepa “de Calepino” cuando la traducción o equivalencia española era en realidad del Nebrisense; así s. v. *fresa* a propósito de *miésgado y mayueta*.

³⁴ Cf. la “particular declaración de algunos vocablos”, que aparece tras el tratado *Agonía del Tránsito de la muerte* (Alcalá, 1565), ahora en *NBAE*, 16, págs. 288-318, incorporada parcialmente en las “Etimologías” del Brocense, v. i., n. 35.

³⁵ A Francisco Sánchez de las Brozas, profesor salmantino, le recuerda por su comentario de los *Emblemata* de Alciato (Salamanca, 1586), y como autoridad para la “etimología”; cf. s. v. *amapola, andar, azulejo(s), baxá, bedel, bigote, birlos*, etc., cuatro de los cuales he podido comprobar en la copia ms de “Etimologías españolas” (1580) que se con-

y en el índice de palabras de Juan Manuel, confeccionado por Gonzalo Argote de Molina³⁶. Los refranes los recopilaba el autor directamente o sacándolos de colecciones preexistentes, como la de Hernán Núñez, el “Comendador Griego”³⁷.

9.2. En cuanto a las lenguas extranjeras, el canónigo con-
quense aprecia el “tener noticia” de varias de ellas, y de algunas
palabras y frases da cuenta en primera persona por haberlas oído
durante su estancia en Italia (cf. *azerola*). En esto tenía el ante-
cedente de varios léxicos bilingües de idiomas modernos a los
que ya aludimos.

10. El *Tesoro* como diccionario del español debería haberse
estudiado previamente. Señalamos algunos de los aspectos que
importan para lo que veremos en el cuerpo de nuestro trabajo.

10.1.1. En primer lugar, la presencia de varios significantes,
gracias en parte a la procedencia del árabe, como en el caso de
adufre, *atabal* y *tímpano*, o a la concomitancia de palabras pa-
trimoniales y latinismos, más o menos crudos o evolucionados.
El hecho de citarse el autor clásico bajo la forma más allegada
al latín es de por sí un indicio del modo como Covarrubias iba
distribuyendo sus materiales; pero no siempre es así.

serva junto con la otra, ya mencionada, de B. Valverde, en el MS 3-A-6
de la R. Academia; cf. La Viñaza, *op. cit.*, cols. 1619-21. Un cotejo su-
perficial con *Minerva, seu de causis linguae latinae* (Salamanca, 1587;
cf. la trad. de F. Riveras Cárdenas, Madrid, 1976) revela más diferencias
que analogías.

³⁶ S. v. *holgar* le llama Molina de Argote y se refiere a “un índice
de los vocablos castellanos antiguos en el libro llamado *Conde Lucanor*”
(ed. Sevilla, 1565). Cf. J. Romera Castillo, “D. J. M. autoridad en el
Tesoro de Covarrubias”, en *Don Juan Manuel. VII Centenario* (Murcia:
Universidad: 1982), págs. 12-24; del mismo, “Autoridades medievales del
T. de C.”, *Anuario de Letras*, 22 (1984), 231-60.

³⁷ *Refranes o proverbios en romance* (Salamanca, 1555). Recordare-
mos de paso que en el *Vocabulario de refranes y frases coloquiales* de
Gonzalo Correas, ed. L. Combet (Bordeaux, 1967), señala el propio Com-
bet en 463a (719b), a propósito de *Pagar por las setenas*, la reminiscencia
de E 6.20-22; cf. *Recherches sur le “Refranero” Castillan* (París: Les
Belles Lettres, 1971). En realidad, se trata de una típica confluencia eru-
dita entre Sagrada Escritura y autor clásico.

10.1.2. En segundo lugar, observamos la presencia de voces faltas de documentación en *DCECH*, como *geta de candil*, que aparece s. v. *moco*, y la distinta distribución que hallamos, p. ej., respecto a *garça*, *garçota*, s. v. *garça* (y también s. v.) *airon(es)*, con *garçeta* como lema aparte; en *DCECH* los tres aparecen en el mismo artículo. En otros muchos casos, Covarrubias ilustra voces que hoy aduce *DCECH* sin explicación, como en el de *apeonar* (v. i. B 3.9.2), y acusa notables vacilaciones: *çorrera*, *sorrera* (2), *sabrera* ← *saburra* (G 4.195).

Un estudio ulterior es necesario cuando alude a formas que no menciona explícitamente; así, s. v. *naranjo* hace referencia al fruto (cf. ital. *arancio*), y pone *naranja* como lema aparte; s. v. (*H*)*éspero* falta el nombre común, al parecer *héspero*, que debería ser antecedente de lo que allí se dice de “esta estrella” (*véspero*, “estrella occidental”, s. v. (*H*)*éspero*, podría ser la forma que luego falta s. v. *vísperas* a pesar del remite bajo aquella voz).

10.1.3. La relación morfológico-semántica de la palabra o palabras españolas con las del idioma de origen nos enfrenta con desajustes no subsanados aún por préstamo, y explica por qué, p. ej., una cita que ilustra lat. *fastidire* se halla bajo *enfadar* (v. q. *Emblema* 3.50 “enfadar y tener por importuno”) y no bajo *fastidio*: cf. “*fastidio*, dicho también *hastío*”; s. v. *hastío*, Covarrubias explica: “poca gana de comer y aborrecimiento del manjar por indisposición del estómago”, que también era uno de los sentidos de la palabra latina, y cuya acepción pasó al esp. antes que la actual de *fastidiar*, “rarísima todavía en el Siglo de Oro” (*DCECH*).

10.2.1. Volviendo a lo que se dijo arriba, insistimos en el predominio del nombre; por lo que, p. ej., *tender* se registra bajo *tienda*, pero no sin el motivo adicional que veremos luego (D 6.1.1). Los adjetivos deben su presencia, en la mayoría de los casos, a usarse como epítetos. Están presentes en medida menor los verbos, y esporádicamente todas las categorías gramaticales, y aun morfemas (v. q. s. 7.2).

10.2.2. De Nebrija hereda, aunque con moderación, el uso de *cosa* en los lemas adjetivos: *abatida cosa*, *súbita cosa*, *suave cosa*³⁸, el citar algunos adjetivos en la forma femenina, y el empezar por ella.

10.3.1. La clasificación gramatical, que la lexicografía traía con varias modalidades de su conexión con la gramática, es irregular y esporádica.

10.3.2. La terminología es asimismo vaga o hasta contradictoria, cuando se clasifican las palabras y frases de “vulgares” o de “bárbaras”, de rústicas o aldeanas³⁹ y, por otra parte, de “cortesanas”; este término a veces parece indicar un uso generalizado de la palabra⁴⁰; así en el caso de *afear* en su última acepción (v. i. E 6.1.3).

Otro término polivalente es *abusivo* (*abusivamente*, *licenciosamente*)⁴¹, que interesa para *esperar*; envuelve, por lo general, intromisión de raciocinio a posteriori.

10.4. En la definición sustancial predomina *cosa*, pero también aparecen formas más propiamente léxicas; cf. “*vaso* (I) es

³⁸ Para este uso de *cosa* como apoyo de adjetivo, cf. mis apuntaciones en “*Cosa*: usos pronominales, sintácticos y léxicos en tres romances bibles medievales”, *Anuario de Letras*, 20 (1982), 5-40.

³⁹ De “palabra bárbara” tildará *carátula* (s. v. *máscara*), después de haberla incluido entre los lemas. Entre las razones del carácter vulgar que atribuye a las palabras está el ámbito de su uso en la lengua de la época; así en el caso de *apañar*, que habían empleado Santillana y Encina. Cuando afirma que “*marrido* es vocablo pastoril”, posiblemente lo distinga de los otros vocablos aducidos como “aldeanos” o “rústicos”, por llegarle por mediación literaria. Recordamos a Encina en la fígloga virgiliana 7.58 “la viña toda marrida” (*Cancionero*, 1496; hay transcripción moderna [poco de fiar] de A. M. Rambaldo en su ed. de las *Obras* [Madrid: Clásicos Castellanos, 1979]). Pero dudamos que Covarrubias conociera la adaptación enciniana. En *Emblemas*, 2.26, emplea *esmarrido*, “la res... por ella en sí esmarrida y malsana”.

⁴⁰ Para “cortesano”, en conexión de un nivel con otro, remitimos a *afeminado* y *façoleto*.

⁴¹ Cf., p. ej., s. v. *carnero*: “licenciosamente llamamos *carne* de la fruta...”.

nombre genérico por cualquier instrumento idóneo para recibir dentro de sí alguna cosa”.

B. El tema como lo hemos planteado en el título se justifica como parte de otro más amplio, “Virgilio en España”⁴², en una época de auge en la lectura, traducción e imitación de sus obras⁴³.

I.1. Covarrubias otorga a Virgilio un puesto importante entre los escritores latinos que cita; podría suponerse que esto se debe a la preeminencia que había tenido en su formación gramatical y humanística (en la Universidad de Salamanca), y que seguiría teniendo en sus lecturas personales.

En términos generales, podemos afirmar que la preeminencia del Mantuano es formal y temática, y toca también a las realidades de la vida. S. v. *cerca*, Covarrubias le alega “en comprobación” de la lengua latina (como Homero de la griega y Garcilaso de la española). Al aludir a Orfeo (s. v.) advierte: “Leerás esta fábula en muchos poetas, pero Virgilio mejor que todos la cuenta en la cuarta Geórgica”. S. v. *agricultura*, al señalar la estima en que era tenido el cultivo de los campos en la antigüedad (por contraste con su propia época: “ahora por escarnio llamamos destripaterrones al labrador”), reconoce el magisterio del Mantuano⁴⁴.

I.2. Las nociones que transmite a los lectores eran, por lo demás, de dominio común; define el género de las *Bucólicas* (*B*) del modo tradicional: “*Égloga* es razonamiento entre pastores, dispuesto en algún poema, como las *églogas* de Virgilio”⁴⁵. Con

⁴² De próxima aparición en la *Enciclopedia Virgiliana* (Roma, 1984-...).

⁴³ Es sintomática la difusión de la *Eneida* de Gregorio Hernández de Orosco, de la que tras la primera ed. anónima de Toledo, 1555, hubo ocho más hasta llegar a la revisada de ib., 1574, y la de las *Obras* traducidas en prosa con comentario por Diego López (Valladolid, 1600).

⁴⁴ También se refiere al arte toparia o de arreglar jardines, entonces tan en boga, pero sin aludir a *G* 4.116-148.

⁴⁵ Según la definición canónica que hallamos ya en APal. Las nociones sobre la *égloga* o *bucólica* procedían de Servio; cf. *Servii Grammatici*

el Calepino agrega la indicación archisabida del modelo: “Virgilio las imitó de Teócrito” (cita a Teócrito como antecedente también s. v. *Amarillis* y *títeres* [sic; v. i. 1.2.2]). De las *Geórgicas* nos explica el nombre s. v. *agricultura*, y s. v. (*H*)*esiodo* afirma que Virgilio le imitó.

1.3. Que tuviera presentes las obras virgilianas consta para algunas citas, cuando remite a la obra (o cuando resume la circunstancia o los antecedentes; s. v. *caverna*). Las citas que se repiten, E 2.774 bajo *despeluzarse* y *erizarse*, e ib. 3.29 (30), bajo *aglayo* y *horror*, parecen traídas de memoria (como los versos de romance, “Hele, hele por do viene...”, s. v. *borzeguí* y *hele*). Cuando el pasaje constituye una unidad estilística o retórica se le puede atribuir a Covarrubias la tarea de “desmembrar” el texto (alude a esta operación s. v. *tirano*, refiriéndose a las Partidas). En este aspecto, las citas virgilianas deberán compararse con las de otros autores, como Terencio, Ovidio, Marcial y en particular Horacio, cuando le viene a las mientes, al parecer con espontaneidad ⁴⁶.

1.4. El “Virgilio” de antaño venía acompañado con comentarios, al menos el de Servio (cf. s. v. *arrompidos*, *Caco*, *columpio*, *encina*). Además, Covarrubias acude a las mencionadas obras de Isidoro con el comentario de Juan de Grial (cf. s. v. *barba* y *cisne*) ⁴⁷; remite s. v. *ciruela* al Coloquio de Luis Vives, “Vestitus et deambulatio matutina”, para comentar *pruna cereola* ⁴⁸; s. v. *membrillo*, al tratado de varia erudición del holandés Joan

qui feruntur in Vergilii Bucolica et Georgica Commentarii, ed. G. Thilo (Leipzig, 1887), y también de las traducciones latinas de Teócrito.

⁴⁶ Contribuye el que Covarrubias tradujera las Sátiras de Horacio.

⁴⁷ S. v. *cisne* intercala la observación de Grial “aliquanto durior notatio”, que se refiere a Is. “cygnus autem a canendo est appellatus”, *op. cit.*, I, pág. 246 (Is. 12, pág. 242b). Covarrubias atribuye estas palabras de Grial al hecho de ser (*h*)olor nombre griego.

⁴⁸ En *Colloquia* o *Exercitatio linguae latinae* (1538), Diálogo X, donde *pruna cereola* figura entre los alimentos que los participantes van a consumir, con la observación: “quae tantopere videntur nostris Hispanis placuisse, ut illorum nomine pruna omnia nuncupent”, ed. *Io. Lodovici Vivis Valentini Opera* (Basilea, 1555), vol. 1, pág. 32.

van Gorp, o Goropio Becano (que pudo servirle de modelo por sus aplicaciones a lenguas modernas, allí germánicas)⁴⁹, para explicar la implicación sexual del fruto en B 3.64-5.

Conocería también el comentario literal, muy difundido, de Josse Badio Ascensio⁵⁰, cuando s. v. *ladrar* aduce, tras citar B 3.18, el proverbio *Perro ladrador poco mordedor* (cf. Ascensio: “Lycisca ... ad custodiam pecoris apta latrante multum”). Entre los comentaristas muy recientes, menciona al P. La Cerda (como Juan Francisco [en la ed. de 1611 por error *Faucis*], y no como J. Luis), s. v. *ajo*⁵¹.

1.4.1. Los versos citados s. v. *cercar*, E 1.367-368, ocasionan la identificación de *Byrsa*: “Va hablando de la fundación de la ciudad de Cartago”; véase también, s. v. *cuerno*, la explicación de los cuernos retorcidos de los cabrones, que glosa B 9.23-29. Para “Mincio, río cándido” v. i. E 6.2.3.1, n. 96.

1.5. Junto a Virgilio, Covarrubias cita poetas que fueron admiradores e imitadores suyos, como Ovidio, Marcial, Juvenal, y luego Ausonio, Claudiano y otros; y entre los modernos, a Petrarca, Garcilaso⁵², Camões. De este último, s. v. *costumbre*, dice expresamente que en *Os Lusíadas* 18.8 “imita a Virgilio”.

1.6. Cita al Mantuano junto con textos bíblicos, de himnos y autores cristianos, como reconociendo la síntesis entre clasicismo y cristiandad. A lo que agrega, como tercer elemento omnipresente en el *Tesoro*, la sabiduría popular. Las mismas concomitancias, formalizadas bajo un signo distinto, se hallan en los *Emblemas morales* (v. i., n. 58).

⁴⁹ Cf. *Ioan. Goropi Becani Opera* (Amberes, 1580), fol. 72r.

⁵⁰ Se publicó en Venecia en 1502 y circuló en numerosas eds. junto a otros comentarios; cf., p. ej., *PVM... univrsum poema cum absoluta Serui Honorati Mauri grammatici et Badio Ascensii interpretatione: Probi et Ioannis Vini in Eclogas allegoriae* (Venecia, 1562).

⁵¹ *B* y *G* con el comentario se publicó en Madrid, en 1608; *E* en Lyon, y fuera de España las reediciones. Covarrubias pudo conocer aquí en manuscrito.

⁵² Una primera cala sobre la presencia garcilasiana en el *Tesoro* la debemos a M. D. Triwedi en *Romance Notes*, 15 (1973), 155-158.

1.7. El Virgilio de Covarrubias es también el de la tramitación mediata: entre los lemas aparece *centón*; aunque no se nombre ninguno de los virgilianos en particular (el de Proba se cuenta entre los incunables españoles), es significativo que aparezca como un género vigente, sin más ⁵³.

1.8. Por otra parte, el dicho “aquí fue Troya” (que también recogerá Correas en su *Vocabulario de refranes*; v. i., n. 37) parece remitir a un conocimiento difuso y tradicional de la materia troyana, históricamente anterior al contacto con Virgilio, pero aún muy presente a los lectores de los siglos XVI y XVII, en cuya memoria se grabaría siquiera el título de la *Crónica Troyana en que se contiene la total y lamentable destrucción de la nombrada Troya* (Medina, 1587).

1.9. Como manifestación de la actitud del autor del *Tesoro* nos parece significativo (por lo que hemos visto en otros autores, por lo demás muy aficionados a Virgilio, como Juan del Encina y Juan de Castellanos) que bajo *armar* cite los versos de romance “Mis arreos son las armas, / mi descanso el pelear” ⁵⁴.

Abrumado por la abundancia (a la que a menudo alude) de *autores y autoridades*, particularmente de o sobre autores latinos, Covarrubias la templea con sus propias predilecciones en letras modernas, y con su particular predilección por los versos tradicionales españoles ⁵⁵.

2. Esta actitud, en parte todavía medieval, ante Virgilio y los temas relacionados con él, no es suficiente, sin embargo, para

⁵³ Así también APal. s. v. *centón*. Para el otro sentido, peyorativo, cf. Lope en un poemita satírico: “Versos de tirela son / y allí no hay que hazer espanto / si son centones o cantos”, ed. Antonio de Sancha (Madrid, 1776-79), vol. 21, pág. 187.

⁵⁴ ¿Por una suerte de afinidad electiva? Véanse los vv. que aparecen incorporados en la última égl. virgiliana de Encina, 10.157 y sigs. (a pesar de ser la 10.^a la que más representa la versión literal), y el eco directo en las *Elegías de varones ilustres* de Juan de Castellanos, cf. M. Alvar, *J. de C.* (Bogotá, 1972), pág. 36.

⁵⁵ Ya lo señalaba M. Seco en un ensayo (1986), “Autoridades literarias en el *Tesoro* de Covarrubias”, reimpresso ahora en *Estudios de Lexicografía española* (Madrid, 1987), págs. 111-128.

caracterizar la presencia del Mantuano en el *Tesoro*, reflejada sobre todo en las citas, de las que presumimos que en la mayoría de los casos fueran indirectas: Virgilio le llegaba ya “desmembrado” dentro de los artículos de los Léxicos anteriores, en particular de Calepino (lo que a veces parece haber sido la causa de la adopción del lema). Nos facilitaría mucho la tarea un estudio previo sobre “Virgilio en Calepino”, así como los tenemos para “Virgilio en Nonio”, “Virgilio en Isidoro” (y en Julián de Toledo)⁵⁶. Por nuestra parte, nos limitaremos ahora a las indicaciones que nos parecen imprescindibles, dejando otras para el apéndice, sin determinar si la coincidencia es por filiación o por fuentes comunes, hasta someter la cuestión a un estudio específico⁵⁷.

3. Sin salvedades, lo que veremos luego se adecuía al tema de “Virgilio en el *Tesoro*” desde el punto de vista del usuario, en cuanto delimita el alcance y la modalidad del acceso. Por esto nos detendremos en identificar cómo se le presentaban al lector las citas virgilianas.

3.1. Según las modalidades al uso, Covarrubias cita a Virgilio por su nombre o alude a él con el adj. *virgiliano* (*Mantua-*

⁵⁶ Sobre “V. en Nonio”, cf. el art. de G. Barabino; sobre “V. en Isidoro”, cf. el de J. Fontaine, y sobre “V. en Julián de Toledo”, el de R. Strati, los tres en *Enciclopedia Virgiliana*. En esta línea se halla nuestro ensayo “Las *Bucólicas* de Virgilio en el *Vocabulario latino-español* de Nebrija y en pasajes correspondientes de Juan del Encina”, *Emerita*, 56 (1988), 3-24. Agregamos que, aunque cita a menudo a Festo, ninguna de sus citas virgilianas (en número mucho menor que en Nonio) aparece en el *Tesoro*.

⁵⁷ Nos limitamos aquí a un ejemplo de identidad parcial, con la misma cita virgiliana; a saber:

Gemo, gemui, gemitum: est prae animi angustia in sonum prae-rumpo. Inde *gemitus*. Per metaphoram etiam de iumentis et rebus inanimatis dicitur, cum nimio pondere (siguen varias citas, de las que la primera es la de *E* 6.413).

GEMIR. Del verbo latino *gemo, is, ii, itum, est prae animi angustia in sonum erumpo, lugeo, doleo, luctum et dolorem voce ostendo*; es propio del hombre, y por metáphora se dize del bruto, y aun de la cosa inanimada, quando el sonido le remeda en algo; como dixo Virgilio, lib. 6, *Eneida* [413]: *Gemuit sub pondere cimba*. De *gemir* se dixo *gemido, latine gemitus*.

no, que aparece s. v. *albor*, se refiere al autor de versos latinos Bautista Mantuano (Spagnoli), muy conocido en España en la época).

3.1.2. S. v. *Amarillis* emplea el término *bucólica*; por lo demás, remite a *B* con el nombre, más corriente en español, de *égloga*, seguido del número o, excepcionalmente, del número más las palabras iniciales: 8 “Pastorum musam etc.”, o del número más el nombre por el que se las conocía: “égloga 3. Palemón”, s. v. *fraga*; “égloga 5. Dafnes”, s. v. *espuma*; sin número, llama, con Calepino, “in Sileno” a *B* 10, s. v. (*y*)*ezgo(s)*. De *B* 9.36 cita “Strepit anser inter olores” s. v. *grasrido*, sin indicación del lugar.

Las *Geórgicas* (*G*) las cita por el nombre y el número del libro (cf. s. v. *camella*: “en el tercer libro de las *Geórgicas* al fin”).

A la *Eneida* (*E*) aplica el autor (s. v. *Eneas*) la designación de “la obra heroica que compuso Virgilio”. Cita el título generalmente por el genitivo griego *Aeneidos*, no sólo junto al número del libro, sino por sí (cf. s. v. *caramillo*), y algunas veces como *Eneida* o *Eneidas* (cf. s. v. *gemir* y *rastro*); remite a ella con el número sin más, por ser la obra virgiliana por antonomasia. *E* 5.122 aparece s. v. *divisa* sin especificar la procedencia.

3.1.3. De los escritos de lo que con Escalígero llamamos “Appendix”, cita del *Culex*, s. v. *cabra*, y del *Moretum*, s. v. *salmorejo* y *almodrote*, y, sin nombrarlo, s. v. *ruqueta*. También aduce como escritos virgilianos la *Lit(t)era Pythagorae* (*Littera Y*), s. v. *grulla*, y *De musarum inventis*, s. v. *Euterpe*. Además de la calificación de *epigrama* emplea el término *opúsculo*, según el uso de la época. Con la designación de “cierta obra” remite, s. v. *espectáculo*, a los versos “pro recuperandis agris” (“Nocte pluit tota”), que generalmente se incluían en las biografías de Virgilio (pero que aquí, al parecer, proceden de Calepino).

3.1.4. S. v. *caramillo* cita las primeras palabras de la “introducción” de *E*, o sea, el exordio de cuatro versos que ha eliminado definitivamente la erudición del siglo XIX (ya se habían

pronunciado contra ellos, Nebrija en su edición de la Eneida [Granada, 1545] y el Brocense en su edición de las Bucólicas [Salamanca, 1591]).

3.1.5. S. v. *Geórgica* aduce (con Calepino) uno de los trásticos que acompañaban a las obras de Virgilio, el de Jerónimo Modestino (cf. *Anthologia latina*, 1.2.634).

3.1.6. A los autores de las glosas los cita por nombre, especialmente a Servio y a Isidoro (v. s. 1.4), por acceso directo para éste, directo o indirecto para aquél. Era de esperar que se mencionase explícitamente, entre los grandes comentarios recientes, el de Josse Badio Ascensio (v. q. s. ib.).

3.2. No pocas citas son equivocadas; lo que puede importar para la filiación (cf. 4 *G* por 3 *G* s. v. *carriso*). *E* 8.224 aparece s. v. *ala* como de Ovidio. *E* aparece confundido con *Met.* (cf. s. v. *egregio*). Entre *E* 1.52-54, s. v. *caverna*, falta el v. intermedio.

3.2.1. Los artículos que contienen citas o alusiones a Virgilio son 215 entre 1.040 (número, éste, no del todo representativo por las irregularidades que hemos señalado), como puede verse por el índice que daremos en un Apéndice.

El número de las citas (274) interesa relativamente a las de los otros autores latinos, cuya proporción no podemos dar aquí, aunque prevemos que sea superior el de Ovidio y el de Marcial. En cuanto a los autores modernos, se han señalado diez citas de Garcilaso. Debe de ser mayor el número de las de Petrarca. Aquí interesan los lugares en que Covarrubias cita a estos últimos junto o antes que a Virgilio; a aquél, en todos menos tres, incluidos aquellos donde la atribución es equivocada; a éste, en dos.

3.2.2. Yendo de más a menos, las citas de *E* son 160, con seis repetidas; las de *G*, 64, con cuatro repetidas; las de *B*, 50, con cinco repetidas. Del *Moretum* hay dos citas y una alusión, y una cita por cada uno de los escritos atribuidos que ya mencionamos.

3.2.4. De las citas repetidas, algunas lo son por ilustrar nombres distintos del mismo referente, como *Candia* y *Creta*, *Centauro* y *divisa*, *ánsar* y *ganso*, *baibén* y *carnero*, *adarga* y *alfange*, *carátula* y *máscara*. Aparece parte de *E* 2.29 para ilustrar el contenido, s. v. *tienda*, y el v. entero como ejemplo de *di(a)erensis* (s. v.).

3.2.5. Dos pasajes pueden reconstruirse de *G* 1.373-389, reuniendo los artículos sobre animales anunciadores de lluvia (v. i. C 1.2); 1.181-6 por los nombres de los animalejos que aseñalan la era: *topo* y *buho* (pero no *ratón* y tampoco *escuerzo* que Covarrubias relaciona con *grutesco*; v. i. C 1.4.2). De *E* 1.321-4, con la invocación de Venus buscando a una "hermana suya", salen voces tan dispares como *lince* y *espumarajo*. La recopilación de versos contiguos no conduce, por lo general, a una lectura orgánica.

3.3. De las citas, hay una, *E* 1.209 "Spem vultu simulat", s. v. *ciprés*, que se presenta elaborada fuera del contexto, como en *Emblema* 2.67⁵⁸.

3.4. Las otras van de la expresión aislada del contexto, como *G* 3.136 *genitale arvum* (metáfora sacada de una descripción de cómo ha de obtenerse la fertilidad de las yeguas, que le hubiese obligado a citar tres versos), o de fragmentos que comprenden poco más del lema, como *G* 1.392 "Et putres concrescere fungos", s. v. *moco*, o que dan el contexto inmediato, como *E* 3.331 "et scelerum Furiis agitatus Orestes", s. v. (*F*)urias, a versos enteros, los más, y aun a grupos de versos; la palabra o concepto que interesa vienen envueltos en la representación de una escena, p. ej., en la descripción de una tempestad, a saber: *E* 5.662-3, s. v. *trastes*, v. q. i. 3.8.2.1.

⁵⁸ Hay otras coincidencias, p. ej., en *ala* (*E* 8.224) con *Emblema* 1.46; v. q. i. C 1.2. Trato aparte el problema del lugar que ocupan los *Emblemas*, los suyos propios y los de Alciato, en los artículos del *Tesoro*, de la desmembración del texto virgiliano, y de la eventual trascendencia lexicográfica de la elaboración emblemática del vocabulario. Adelantamos aquí que los *Emblemas* contienen las únicas ilustraciones virgilianas que conocemos.

3.5. Si el acceso a Virgilio fuera siempre directo deberíamos empezar describiendo el texto por el tipo de edición de que procede. Por lo pronto distinguimos lecciones y grafías características de las ediciones al uso, como *G* 1.486 y *E* 4.168 *ullulare* por *ululare*, ib. 8.83 *littus* por *litus*, ib. 2.774 *obstupere* en lugar de *obstipere*, y otras erróneas como *G* 2.389 *quercu* por *pinu*, s. v. *columpio*, o *E* 7.170 *templum* por *tectum*, s. v. *augusta*, por contaminación con la cita precedente de Ovidio, o por la explicación que el autor acababa de dar del uso de *augusto*, o el signo tiro-niano por *G* 147 *atque*. Citamos a Virgilio por el *Tesoro*.

El descuido es patente en la sustitución de *e* por *ae* (*aedere* por *edere*) y por *oe* (*foedere* por *federe* en *G* 1.183), s. v. *topo*, y en la interferencia del español, sin hablar de la irregularidad en los acusativos griegos y la forma del pl. en *-es*, *-eis*.

Una edición digna del nombre habrá de cotejar las citas del *Tesoro* con las de Calepino, cuando hay correspondencia, teniendo en cuenta también las observaciones textuales de éste (cf. s. v. *Geryon*); lo que de paso ayudará en la identificación de la edición o ediciones que Covarrubias manejaba.

3.6. A diferencia de Juan Pérez de Moya, que en su *Philosophia secreta* (1585) acompaña las citas virgilianas con un discreto “quiere dezir”⁵⁹, y de Fr. Baltasar de Vitoria, que en su *Tesoro de los dioses de la gentilidad* (1620-23) incluirá, junto a los largos pasajes virgilianos y de otros autores clásicos que entrevera en su obra, las versiones de Hernández de Velasco y Cristóbal de Mesa, Covarrubias cita únicamente el texto⁶⁰, aun-

⁵⁹ Volveremos en otro lugar sobre este tratado de Pérez de Moya (cf. la ed. de E. Gómez Baquero [Madrid, 1928]), el primero en español tras el “Tostado sobre Eusebio”, en que hemos identificado 63 citas virgilianas.

⁶⁰ Esto en contra de la afirmación de que la actitud apologática de los traductores españoles de obras clásicas cesaría hacia mediados del s. XVI; cf. P. Russell, *Traducciones y traductores en la Península Ibérica (1400-1550)* (Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona, 1984). La seguimos constatando en Hernández de Velasco, que se mantuvo anónimo hasta la refundición de su *Eneida* en 1574 (cf. allí el Prólogo: “la traslación en vulgar no parece de grande dignidad... e así parece que no se faga para otros mas para sí mismo, e para estar en as-

que a veces puedan reconstruirse versiones o fragmentos de tales con las palabras que acompañan las citas latinas. Volveremos sobre las mismas en el apartado G. De paso señalamos que también las definiciones que adopta de Calepino sufren reducciones y ampliaciones (como la de *ardua* s. v. *airon(es)*).

Tampoco alude Covarrubias a ninguna de las traducciones o adaptaciones de obras virgilianas; sólo s. v. *cerceta* y *huerco*, hemos hallado referencias a la manera de verter al español: “muchos buelven [*fulica*] *garçota*, s. v. *cerceta*⁶¹, y “Buélvese la palabra *orcus* en castellano *obscuridad del infierno*, y tómake por el mesmo infierno”, s. v. *huerco*. Pensamos en pasajes garcilasianos como Son. 15.8 “reinos del espanto” o Égl. 1.940 “el infierno y reino oscuro”, y en otras circunlocuciones de *orcus* (que, por lo demás, aparece como *orco* en las versiones más recientes, como la de Hernández: “y al orco con Plutón los enviamos”).

3.7. Cuando las citas (que van en cursiva como era costumbre de los humanistas) no se agregan sin más a la explicación de la palabra o a la etimología, pueden unirsele con una fórmula latina (junto al resto del artículo o parte de él): “qualis est illa apud Virgillii Egl. 3”, s. v. *alegoría*, “quale describitur a Virgilio”, s. v. *almodrote*, “ad quam originem etiam Virgilius”, s. v. *año*; o aparecer en español “y assí V.”, s. v. *escuerzo*, “como (o según) lo dixo V.”, s. v. *abeja*, “y por esso V.”, s. v. *junco*, “d’este parece haver dicho V.”, s. v. *cavallo*, “y a esto alude V.”, s. v. *coscogita*, “de que haze mención V.”, s. v. *asilo*, id., en preterito, s. v. *cota*, “como lo apuntó V.”, s. v. *airones*, “advirtió muy bien V.”, s. v. *añublar*, “esto quiso insinuar V.”, s. v. *lança*, “como lo pinta V.”, s. v. *afear*, *aglayo*, “qual le pintó V.”, s. v. *cabello*, “como lo describe V.”, s. v. *discordia* (y, con el mismo sentido, “significa V.”, s. v. *trofeo*), “d’esta comparación usó V.”,

condido e non para se divulgar”, 24vb), y aún en Cristóbal de Mesa, traductor de *E* (1615) y luego *B* y *G* (1618): “según pierden los idiomas nobles ...”.

⁶¹ Cf. el Brocense, en su comentario de J. de Mena (1582), *Laberinto*, 172: “Lo que Virgilio llama *ardea*, llama nuestro poeta *garça*. *Fulicas* son las *cercetas*”. Citamos de la ed. de J. de Mena, de J. M. Blecua (Madrid: Clás. Cast., 1951).

s. v. *águila*, “este epíteto de V.”, s. v. *malino*. Virgilio se incluye a menudo bajo la rúbrica de “fingieron los poetas”; cf. s. v. *harpías*; su texto se hace precepto: “por no incurrir en...”, s. v. *ordeñar*.

Por esta forma discursiva de citar es por lo que Covarrubias difiere del Calepino aun cuando la cita es la misma (cf., p. ej., s. v. *añafil*), y enlaza, en cambio, con otros lexicógrafos, Nonio entre ellos.

3.8.1. La relación de los pasajes virgilianos con el lema adolece de las irregularidades a las que aludíamos arriba, tanto en los artículos que podemos poner bajo la rúbrica de los saberes enciclopédicos como en los más propiamente verbales: entre aquéllos, *Títiro* va a parar bajo el lema *títeres*, posiblemente por las prisas que acompañaron la etapa final de la obra; dos explicaciones de tenor algo distinto aparecen bajo *Candia* y *Creta*; otras se contradicen, aunque vayan referidas a la misma cita virgiliana: *berraco y toro, de la puente de Salamanca*.

3.8.2. Entre las citas de tipo verbal y el lema o sublema se observan distintas relaciones, que en parte responden a la falta de articulación orgánica del *Tesoro*, y en parte a incluir éste un diccionario latino o latino-español, según dijimos en A 9.

3.8.2.1. La cita puede referirse a la palabra latina incrustada bajo el lema español; así, G 1.136 ilustra lat. *cavatae*, relacionado con *ignum*, s. v. *leño*, aunque no se le atribuya en español el sentido de ‘nave’ (v. i. E 6.2.2.2); E 5.662-5 ilustra *transtra*, que “vulgarmente se llaman vancos”, pero se halla bajo el lema *trastes*, que lleva su propia explicación como “trastes de vihuela” (Nebrija: íd.).

3.8.2.2. Cuando el lema está constituido por una palabra homóloga en las dos lenguas, como en el caso de *espina* (“nombre latino”) o *espuma*, o por un latinismo sugerido por la propia cita, como en el caso de *aborígenes*, *alma*, *augusto*, *corvo*, *degenerar*, *dolo*, *espectáculo*, (*h*)*éspero* (v. s. 10.1.2), *sedición*, *tímpano*, las citas revierten en el español, a veces no sin las violencias que veremos.

3.8.2.2.1. Cuando las citas virgilianas se dividen, p. ej., entre *espuma* y *espumarajo*, se produce un artículo entre español y latino y otro propiamente español, aunque la ilustración sea en latín.

3.9.1. Un caso especial y muy significativo es el que se da s. v. *lecho*, donde Covarrubias, tras relacionar “E nel suo let(t)o il mar senza onda giace” del Son. 132 [164] de Petrarca con *B* 9.57 “Et nunc omne tibi stratum silet mare”, transforma *mar en leche*, que es lo que “comúnmente suelen dezir”, en *mar en lecho*, para adecuarlo a la imagen virgiliana ⁶².

3.8.2. Por otra parte, la rareza de un vocablo como *aglayo* nos induce a preguntarnos si en su inclusión no influyó el deseo de introducir la cita o citas virgilianas (y más en la parte inicial del *Tesoro*, donde hay más holgura para tales ilustraciones) ⁶³.

También pueden relacionarse con Virgilio palabras de tipo patrimonial, como *apeonar* (que en *DCECH* aparece s. v. *pie*, sin doc.): “Se dize del ave, y particularmente de la perdiz, quando va andando por el suelo”; aunque el nombre del ave sea distinto, hemos de recordar que, s. v. *cerceta*, Covarrubias traduce *G* 1.362-3 con “quando andan (las cercetas) jugando y apeonando en la ribera del mar” (ed. 1611: *apernando*).

C. En el monumental comentario de Marcial, con la edición de Varrón, Festo y Nonio, Nicolás Perotto (v. s. A 6.2), hallamos incluido, además de las concordancias ya aludidas, un índice te-

⁶² Hallamos tanto *leche* como *lecho* en relación con el agua; cf. Góngora: “profundos estanques, que los veranos son leche, / y los inviernos cristales”; “los marinos refluxos aguardemos / que su lecho repitan”, donde *repetir la mar su lecho* significa “volver después del reflujo a tomar su superficie el estado normal, ponerse en calma”, pero nada que justifique la forma propuesta por Covarrubias. El *Diccionario marítimo español* (Madrid, 1831) registra *mar de leche o en leche*.

⁶³ Justo es recordar, sin embargo, que *aglayo* le da *pie* para recordar ital. *abbagliare*, y que en el mismo ámbito semántico aparecen otras dos voces insólitas, *adarvarse*, s. v. *adarve*: “*adarvado* quasi *alarvado* ... quedar espantado”.

mático. Con la concordancia se corresponde para el *Tesoro* el registro alfabético confeccionado en nuestros días por J. M. Hill⁶⁴. Un recuento de temas no sería menos útil en una obra que refleje los intereses y actitudes de la época, y de un autor más representativo en cuanto no descuella por su originalidad⁶⁵. Aquí queremos dejar deslindados siquiera los que atañen al objeto de nuestro estudio, también para poder referirnos a ellos en el análisis verbal. Esto no sin dejar constancia de que el *Suplemento*, aparte el contener algunos nombres comunes, ocasionalmente repetidos del *Tesoro* (cf. el adj. *ledo*), es mucho más rico y sistemático en los propios (también en lo que se refiere a las citas); cf., p. ej., *Eridano*.

I.I.1. Volveremos, en primer lugar, sobre la conexión con las obras de Virgilio. En cuanto a *B*, por contraste con el *Lexicon* nebrisense, que incluye todos los nombres de los pastores y de las ninfas y casi todos los de los demás personajes, sólo aparecen aquí *Titiro* (s. v. *títeres*), y *Amarillis* (*B* 1.5) y *Gala-tea* (ib. 7.37), con sus respectivas etimologías, que hacen que los “nombres” hablen por sí (como “nomi parlanti”). El tema bucólico está representado por los instrumentos musicales, s. v. *caña* (ib. 2.32) y *flauta* (ib. 31-36), y por la interpretación de *casa* como ‘choza’ (ib. 28-29); también la observación sobre la crueldad de(1) Amor viene respaldada por *B* 8.48-50.

I.I.2. No prima, sin embargo, la autoría del Mantuano, ya que las más de las veces, cuando Covarrubias se refiere a “los poetas” sospechamos que la reminiscencia virgiliana venga mediada por la poesía pastoril en lengua vulgar, que es la que más huella deja en el *Tesoro*; cf. *náyades*: “Nuestros poetas castellanos usan muchas vezes d’estos nombres” (cita a Garcilaso, Égl. 2.608 “Oh náyades de aquesta mi ribera”); v. q. “*cosa amena* es la que es deleitosa, apazible y de entretenimiento, como

⁶⁴ Se publicó en Bloomington: Univ. de Indiana, en 1921.

⁶⁵ Piénsese, en otro nivel, en el “Índice de Temas” que A. Vilanova incluye en su magna obra *Las fuentes de los temas del Polifemo de Góngora* (Madrid: CSIC, 1957), y más específicamente para la mitología en el de J. M. Cossío, *Fábulas mitológicas en España* (Madrid, 1952).

los prados floridos, las riberas de los ríos, las arboledas, las florestas, jardines y otros lugares donde se salen a espaciarse en el campo”, y recuérdese a Garcilaso, Égl. 2.1463 “venir por un espeso bosque ameno”. Lo mismo vale para el tema amoroso⁶⁶.

1.2. De *G* ya hemos visto que Covarrubias saca el mito de Orfeo como ejemplo de fabulación poética. El tema de los pronósticos de la lluvia, que había inspirado tres estrofas de Mena en el *Laberinto de Fortuna*, queda reflejado en unas paráfrasis bastante felices, como la que hemos visto a propósito de *apeonar* s. v. *cerceta*, y como la que aparece s. v. *corneja*: “La corneja anuncia la lluvia, dando muchas voces y rebolcándose en el arena, y corriendo por ella de una parte a otra, como lo dixo Virgilio, *G* 1.388-9 *Tunc cornix plena pluviám vocat improba voce / et sola in sicca secum spatiatúr arena*”; Mena: 172a-d “Nin la corneja non anda señera / por el arena seca passeando, / con su cabeça su cuerpo bañando / por ocupar la lluvia que espera”⁶⁷. Pero la reminiscencia no es sólo literaria: en Covarrubias se puede presumir, junto con el hábito lexicográfico, un interés por la lección que ha de aprenderse de la naturaleza y de los seres irracionales; cf. *Emblema* 3.65 “*Tytire coge pecus*”: “Las aves del cielo, las bestias de la tierra y los pezes del mar tienen barruntos y presagios de los temporales”. El que acabamos de comentar es uno de los muchos artículos relacionados con la naturaleza que contienen asimismo citas de *G*.

1.3. Al recordar que Julio César descendía de Julio Ascanio, hijo de Eneas, Covarrubias cita *E* 1.286-8 “*Nascetur pulchra Troianus origine Caesar, / imperium oceano, famam qui terminet astris, / Iulius, a magno demissum nomen Iulo*”, o sea, un pasa-

⁶⁶ Nótese en este ámbito la observación “Garcilaso nota a Galatea de cruel y desamorada” (cf. *B* 7.37, y, por otra parte, las muchas referencias a los estereotipos de la poesía amorosa: “*ciego*: este epíteto damos al amor y a la codicia” s. v. *cegar*, y (aunque el autor no quiera “embarazarse en esta materia”): “Los suspiros es pasión muy común a los enamorados; y así dan al suspiro diferentes significaciones y epítetos” s. v. *sospirar*; asimismo, a propósito de “la hermosura de las damas”: “hay en los poetas hartos encarecimientos”).

⁶⁷ Para la ed. v. s., n. 61.

je que contiene in nuce la causa scribendi de Virgilio en su magna obra y que armoniza con el auge de la poesía épica española, donde se ensalza al protagonista como conquistador de espacios ilimitados, al mismo tiempo que como Mecenas.

A cuyo propósito, sin embargo, hemos de notar que el autor del *Tesoro* prefería las crónicas a los poemas épicos; es más, éstos le parecían inoportunos por el peligro de que las hazañas sobrehumanas de los españoles pudieran parecer ficciones poéticas a los que no fuesen testigos de ellas.

1.4.1. Entre las obras, huelga advertir que *E* es la que más se presta para el *Tesoro* en cuanto enciclopedia de erudición. Por lo demás, los temas se entreveran: bajo los nombres de animales y plantas no hallaremos sólo *G* o *B*, sino también *E*: p. ej., el águila (s. v.), en su particular enemistad con el dragón (*E* 11.752) y con el cisne (ib. 1.393-5).

Las citas abarcan toda la gama y los niveles del estilo, desde el aparentemente familiar de *B* 1.73 “Inserere nunc, Meliboee, puros”, s. v. *enxerir*, pasando por los muchos pasajes descriptivos de cosas de la naturaleza, hasta el épico, y, lo que es más importante, el épico aplicado a la naturaleza; cf. *G* 4.371-373, s. v. *Toro, de la puente de Salamanca*, donde se describe cómo el Erídano (el Po) desemboca violentamente en el mar purpúreo (en tempestad).

1.4.2. Con el interés literario compite la afición del autor por la música y por las artes figurativas: hacia la pintura se desvía cuando, s. v., *escuerzo* se desvía hacia *grutesco*, que luego define s. v. como “cierto modo de pintura, remedando lo tosco de las grutas y los animalejos que se suelen criar en ellas”⁶⁸.

1.4.3. El ámbito menos representado es el de la sentenciosidad virgiliana; se halla sólo en dos artículos: el ya mencionado *ala*, con *E* 8.224 “Timor addidit alas”, y *argüir*, con ib. 4.13 “Degeneres animos timor arguit”. El primero de los dos pasajes

⁶⁸ Por asociación, típica de su manera de proceder, relaciona el nombre del animal (de origen incierto), con el ital. *escorçar* (cf. *DCECH* s. v. *corto*) y pasa luego a una manifestación artística distinta. Agregamos que *endulzar* es para él “término de pintores”.

había aparecido como mote en *Emblema* 1.46, según dijimos, allí junto con otros más de este tipo⁶⁹. En el *Tesoro*, lo que le falta de sentenciosidad en las citas queda reemplazado por el sesgo didáctico de las interpretaciones, que lo acomuna con *Emblemas*.

2.1. Entre los temas representados en el *Tesoro* (más esporádicamente que en el *Suplemento*), se destaca el mitológico, inspirado principalmente por las Metamorfosis de Ovidio y los escritos de los mitógrafos: véanse, p. ej., las voces *aurora* y *Aretusa*, con Ovidio para la fábula y Natale Conti como “exponedor”. El espacio reservado al Mantuano es, no obstante, considerable; ya le vimos citado a propósito del mito de Orfeo, cuya fuente principal es *G* 4.446-526. También hallamos un largo pasaje, *E* 7.764-73, s. v. *Esculapio*, donde se cuenta cómo Júpiter mató de un rayo al inventor de la medicina por haber resucitado a Hipólito (las “autoridades” obvias son Ovidio y Séneca; cf., p. ej., Pérez de Moya, libro 2, cap. 7). Con una cita virgiliana se sustancia también un tema que reconocemos como muy sonado en España por relacionarse con la ascendencia dinástica: el vencimiento de Gerión (s. v.) por Hércules, *E* 8.202-3; y otro, que estimuló la fantasía de los poetas: Ulises quiebra el ojo de Polifemo, ib. 3.633-7, aducido s. v. *ciclope(s)* para la explicación etimológica. Aquí la fuente hubiese podido ser también la *Ulixea* (Odisea) de Homero, traducida por Gonzalo Pérez (Venecia, 1550).

Directamente o a través de los mitógrafos, Virgilio le presentaba los seres de la naturaleza como íntimamente entreverados con el mito: las *focas*, p. ej., con el de Proteo en *G* 4.394-5. Sólo raramente renuncia Covarrubias a esta vertiente sugerida por el Mantuano; por lo que constituye una excepción el art. *rana*, donde no explica la alusión mitológica contenida en *G* 1.378 “et veterem in limo ranae cecinere querel(l)am”, tal vez por la pluralidad de los motivos que se aducían⁷⁰.

⁶⁹ Cf. los *Emblemas*, 1.97, 2.36, 3.14, 49, 50.

⁷⁰ Véase uno de ellos en la traducción de las obras virgilianas de Diego López. Covarrubias no explica tampoco, ni aquí ni en los *Emblemas*, el motivo mitológico que subyace al *gemir* de la tórtola.

El sesgo de la transformación o metamorfosis le obliga a veces a encabezar el artículo con el personaje; así, en el caso de *Héspero*, “hermano” de Atalante, explica con Diodoro Sículo cómo “se había convertido en la estrella d’este nombre”, y pasa luego sin transición a *B* 10.77 “Ite domum saturae, venit Hesperus, ite capellae”, donde la (M), como aún hoy en las ediciones, da fe de la indecisión entre el ser mítico y el natural, tan característica de la poesía clásica.

Como era de esperar, Covarrubias es aquí tan poco sistemático como en el resto, y aun menos, dado que el acopio de los materiales depende de fuentes dispares; lo que agrava la costumbre de proceder por asociación; así, p. ej., *centauro* va a parar bajo *divisa*, porque “Europa fue llevada por la nave que tenía por insignia y divisa un toro frigio, y Heles [en] la de un carnero; una se llamó Centauro”; sigue [*E* 5.122] “Centauro vehitur magna”.

No obstante, observamos que, con los mitógrafos, Covarrubias gusta de la puntualización onomástica; cf. s. v. (*A*)*mazonas*: “Virgilio haze mención de Pentesilea”, sigue *E* 1.490-1, “y de Camila”, ib. 11.648-9; bajo *ciclope(s)* cita *E* 8.424-7 para que consten “los nombres de algunos” (además de su condición de inventores de “labrar el hierro”, y de haber forjado los rayos de Júpiter). S. v. (*F*)*urias* enumera sus nombres (independientemente de la cita virgiliana, que está sacada del discurso de Andrómaca *E* 3.331 “Et scelerum furiis agitatus Orestes”); s. v. (*h*)*arpías*, le atribuye por equivocación lo que leía en comentaristas o mitógrafos: “Virgilio dize ser tres, Aello, Ocyete y Celeno” (en realidad, sólo menciona esta última, *Celaeno*, en *E* 3.211, 245, 365). También relata los parentescos: “*Oceano*, hijo del cielo y Vesta, marido de Tetis”, y, con *G* 4.382, “padre de las ninfas”.

Otro tipo de “sistematización” mitográfica concierne a la consagración de plantas y otros seres naturales a los dioses: Covarrubias la refiere por extenso s. v. *arrayán* (v. q. Noydens, s. v. *árbol*), después de aludir especialmente a la consagración de la planta del lema a Venus (*B* 7.61-62). Lo mismo dígame del patronazgo: s. v. *alma* y s. v. *Ceres* menciona a ésta como “diosa de las mieses” (*G* 1.5-7).

Las interpretaciones evemerística (la “verdad histórica”) y alegórica le interesan particularmente (como ya a Alonso de Palencia) y ambas aseguran el paso de la mitología pagana a la doctrina cristiana, y hasta a la teología; como eclesiástico que era, Covarrubias aprovecha el tema mitológico para zaherir las costumbres; así, a la descripción de las harpías, prototipo de las alcahuetas, llega también desde *emplumar*.

Por otra parte, la materia mitológica tenía como vuelta de hoja la desmitificación popular; véase s. v. *alva*: “Para declararme presupongo que los gentiles hazían a la aurora una deidad”, y a continuación el dicho “No es sino el alva que anda entre las coles”, del que da la ejemplificación en el cuento tradicional.

Con los dioses se relacionan los ritos: *G* 2.388-9, s. v. *co-lumpio*, *E* 9.619-20, s. v. *tímpano*; lo ominoso: *E* 6.323, s. v. *Estigia*: quebrantando el juramento por la laguna Estigia, los dioses quedan privados de su inmortalidad; v. q. *cancerbero* y *huerco*.

2.2. Con la mitología va unida la cosmología: Oceanus como “pater rerum” aparece en la cita de *G* 4.382, s. v. *agua* y *Oceano* (v. q. Servio ad ib. 380-1).

2.3. Íntimamente conexos con el mito son los agüeros, malos: la corneja, *B* 9.14-16, s. v., y buenos: el cisne, para los navegantes, cuando nada apaciblemente, *E* 1.392-400; como agüero de guerra recuerda los cuatro caballos vistos por Anquises, *E* 3.537-40, s. v. *caballo*.

2.4.1. Otro aspecto en el que los dioses se unen con la prehistoria de la humanidad es el de la invención o etiología: Ceres, por el arte de arar, *G* 1.147-51, s. v. *añublo*; Esculapio, por la medicina, *E* 7.764-73, s. v.; los cíclopes, por la forja del hierro, *E* 8.424-7, s. v.; *Erictonio* [Noydens], por los coches, *G* 3.113, s. v. *coche*; Pan, por la flauta, *B* 2.31-36, s. v. *flauta*.

2.4.2. Otras invenciones se atribuyen a los pueblos míticos o alejados: a los *chalybes*, el acero, *G* 1.57-8, s. v. *azero*; a los

“seres”, habitantes de Scitia, la seda, *G* 2.121, s. v. seda; en un pasado indefinido se colocan “los primeros vasos (‘embarcaciones’) que se echaron a la mar”, s. v. *leño*, *G* 1.136, y la fabricación de las primeras máscaras, “(los antiguos representantes) de la corteza de los árboles formaron unas carátulas, abriéndoles ojos, narizes y boca, como lo notó Virgilio”, *G* 2.385-7, s. v. *máscara*.

2.5. Sin distinción entre mito e historia, Virgilio aparece como el narrador de la historia de Creta, *E* 3.104-6, s. v. *Candia*; de la de Cartago, *E* 1.367-8, s. v. *cercar*; de los hechos de Troya: sus riquezas flotando en el mar, *E* 1.119, s. v. *gazofilacio*; el caballo, que Covarrubias llama tradicionalmente *paladión*, *E* 2.52-4, s. v. *caverna*⁷¹; sus héroe y enemigos: Aquiles, acampado, *E* 2.29, s. v. *tienda*, Héctor apareciéndose entre sueños a Eneas, *E* 2.285-6, s. v. *afear*, arrastrado alrededor de sus muros, 4.483, s. v. *rastro*, Eneas, s. v., a quien se le dio [?] “el renombre de *pío* por haber sacado sobre sus hombros a su viejo padre, la noche que los griegos abrasaron a Troya” (ib. 2.721 y sigs.); el incendio, ib. 310-1; la legitimación del engaño por parte de Corebo, ib. 389-90, s. v. *dolo*; la matanza de los griegos enviados a los íferos, ib. 398, s. v. *huerco*; el abatimiento de las puertas, ib. 492-3, s. v. *baibén*; los nuevos muros levantados por Eneas en Tracia, *E* 3.16-17, s. v. *costa*; las naves de Eneas en alta mar, ib. 192-3, s. v. *golfo*; Mercurio haciendo salir las almas del Hades por mandado de Júpiter, ib. 4.242, s. v. *huerco*.

Al hilo de la narración virgiliana, como prosecución de la historia de Troya y de las visiones proféticas relacionadas con ella, *E* 12.162-4, es introducido, s. v. *cuerno*, tras la equiparación de éste con heb. KRN, que dio pie para Éx. 34-35, sobre la

⁷¹ *Palladium*, como es sabido (cf. *E* 2.166, 183), se llamaba la estatua de Palas caída del cielo y custodiada en Troya como prenda de prosperidad, que Ulixes y Diomedes raptaron porque la ciudad no podía conquistarse mientras la poseyera; llegó a designar, según Pérez de Moya, 3.9, a “todas las imágenes que creían no ser hechas de manos humanas y todas las que hubiesen sido echadas del cielo a la tierra”, vol. 2, pág. 70. V. q. el Brocense ad *Laberinto*, 86c, “los daños ocultos del paladión”: “*Paladión* llama aquí al cavallo porque era don de Palas”.

“cornuta facies” de Moysés (con lo que Covarrubias llega cerca de la interpretación correcta de una discrepancia entre la Vulgata y el texto masorético).

El Virgilio testigo de la historia de Italia antigua, con la alusión histórico-etimológica a los *aborígenes* (v. i. D 1.3), y de la de Roma, en la descripción del escudo que Venus presentara a Eneas, es recordado, s. v. *asilo*, con E 8.242-3, por el refugio que Rómulo estableciera entre el Capitolio y el Palatino a imitación de los descendientes de Hércules; con ib. 655-6, s. v. *gan-so*, la alerta para la defensa del Capitolio contra los galos (v. q.).

La creencia del tamaño ingente de los huesos de los antiguos, por los restos que dejaran las guerras fratricidas, es rememorada, s. v. *güeso*, con G 1.493-7; la ejemplaridad de Fabricio (s. v.), despreciador de los dones de Pirro, con E 6.844.

2.6. Da entrada a costumbres como el “pintar” nombres en las cortezas de los árboles [cf. B 5.13], s. v. *deshazer*, y el escribir “los antiguos” allí, s. v. *libro*, el hacer máscaras con estas mismas cortezas, G 2.385-7, s. v. *máscara*, el levantar trofeos en los árboles, E 11.7-11, s. v. *trofeo*, el llevar velas en los entierros, E 11.142-4, s. v. *candela*, o el coronar las tazas para las libaciones, E 3.525-7, s. v. *corona*; alude a la lucha con el *caestus*, s. v. *cesto* (v. q. *manopla*; y cf. Mena, *Laberinto*, 93c); incluye las acciones simbólicas: en relación con la paz, el *juntar diestra con diestra* en señal de acuerdo, con E 8.169, s. v. *dies-tra*; con la guerra, la proyección de un arma para dar principio a las hostilidades, con E 9.52-3, s. v. *lança* (en el original se echa el dardo, *iaculum*, ‘hacia arriba’; en la explicación, la lanza se proyecta “en el campo del enemigo”); introduce las armas: *falcatus ensis*, “arma de oscos”, según Virgilio, E 7.732, s. v. *adarga* y *alfange*; *scutum*, s. v. *escudo*, cual sería el de Turno, descrito en E 12.925-6; *lorica*, E 3.467, s. v. *cota*; para el caballo, v. s. 2.3.

Alude a los espectáculos, s. v., con “Nocte pluit tota”, y nombra las gradas del teatro, *cuneus*, G 2.509-10, s. v. *cuña*. Recuerda asimismo las instituciones, cuando explica “las insignias de los magistrados que llevaban delante d’ellos los lítores”, s. v. *hazes*, con G 2.495.

Virgilio sirve como nomenclátor geográfico, entre la toponomástica y la historia; así con *Gaeta*, por *E* 7.1-2, único lugar de Campania, aparte Nápoles, al que dedica un artículo, y con *Baleares* (v. i. D 1.5) y *Hesperia*, *E* 1.530, 'Italia', frente a *Hesperia* "extrema o última", 'España'. Con Virgilio indica los productos; de la India, el *ébano*, s. v., con *G* 2.116-7. Bajo *campo* alude a que "Muchos dixeron ser las Canarias los campos Elysios, y assí les dieron nombre de Islas Fortunadas".

2.7.1. El cometido de los humanistas de ilustrar arqueológicamente los textos clásicos obra también en sentido opuesto, desde el presente al pasado: como en el art. *toro*, de la *punte de Salamanca*, donde se relaciona la figura del toro con el simbolismo del toro: "río caudaloso" por analogía con lo que dice Virgilio del Po en *G* 4.371-3; una explicación distinta aparece s. v. *berraco*, donde Covarrubias vuelve a referirse a lo mismo y a los toros de Guisando, y especifica que "(esos toros) no son sino puercos o berracos, en señal de algunas confederaciones que se hazían, en las quales intervenía el sacrificio del puerco o puerca", recordando *E* 8.81-84; el parto de una puerca blanca, ib. 82-83, donde Virgilio se refiere a Albalonga, v. s., vuelve a aparecer s. v. *Porcuna*, lugar entre Córdoba y Jaén, que de allí traería su nombre (Covarrubias agrega que los lechones fueron treinta, sacrificados con su madre, y que en su memoria fue levantada una estatua).

2.7.2. Por lo demás, el autor del *Tesoro* muestra particular afán por indicar el origen latino de la toponomástica moderna; cf. s. v. *augusta*: "*Augustacesarea*, *Zaragoza*, etc.", s. v. *barba*: *Barbalimpia* (Cuenca), *Barbalos* (Salamanca).

2.7.3. En relación con las costumbres se borran las fronteras entre el ayer y el hoy, por lo que, s. v. *alfange*, se nos hace pasar del *falcatus ensis* de los oscos, al que nos referíamos arriba, al arma de los turcos. Véase también *caña* para un ejemplo de continuidad en los juegos; v. q. *flauta*, *coscogita*.

Contribuye a ello la continuidad de la cultura mediterránea; por lo que, s. v. *ajo*, tras aducir el recuerdo de Téstilis maján-

dolos (*B* 2.10-11), Covarrubias agrega que “es la perdiz y el capón de los segadores y todo su regalo”; s. v. *toro*, afirma que “en algunas partes donde son menos bravos que en Castilla, aran con ellos, como lo dixo Virgilio, *G* 1.63-65” (aunque luego agrega con Calepino: “si no es que allí se tome el toro por el buey fuerte y corpulento”) ⁷².

Como ya Juan de Guzmán en el comentario de las *G* (Salamanca, 1573), aunque no con tanta insistencia, Covarrubias incluye en dicha continuidad al nuevo mundo; así cuando, s. v. *caña*, recuerda las “cañas tostadas” con las que hacían saetas “los antiguos”, *E* 4.73, y “(h)oy día los indios”. Si nos guiamos por Guzmán, que a propósito de *G* 1.136 nombra las canoas, puede ser una referencia a América también lo que escribe Covarrubias s. v. *leño*: “en algunas islas se lee navegar en barcos cavados de un leño”, con la cita del mismo lugar (ya nos referimos en *B* 6.1 a la ‘primacía’ de estas embarcaciones).

2.8. De Virgilio había escrito el primer traductor de la *E*, Enrique de Aragón: “Fue enclinado por celestial influencia desde su tierna edad ... a seguir los estudios y adquirir ciencia”, y ya con apreciación de humanista ⁷³, Luis Vives en su *praelectio* de las *G* había ensalzado su conocimiento de la historia, de las cosas del campo, de los secretos de la naturaleza ⁷⁴. En el *Tesororo*, el “Virgilio científico” respalda las noticias que hemos visto, a cuyo propósito será bueno recordar que Covarrubias entra como al sesgo aun en ciertos contenidos histórico-mitológicos; así, menciona el caballo de Troya, como ya vimos, s. v. *caverna*, porque Virgilio alude en *E* 2.53 al “sonido hueco” que se forma en su interior, y allí mismo antes de citar *E* 1.52-54 (incompleto; v. s. *B* 3.4), alude a los vientos que se forman en las cavernas.

2.8.1. Entre las noticias que interesan directamente a la cosmografía, véase la que aparece s. v. *equinocio*, *G* 1.208-9.

⁷² Para algunas sugerencias sobre el interés etnográfico de las noticias que ofrece Covarrubias, y sobre las cautelas con que han de leerse, cf. mi nota de próxima aparición en *Revista de Dialectología y Tradiciones populares*.

⁷³ Cf. la ed. de R. Santiago (Madrid: RAE, 1979).

⁷⁴ *Opera*, ed. cit., vol. I, 685.

2.8.2. Para los más variados aspectos de las ciencias naturales se ofrecen sus descripciones eximias del entorno rural y agreste y del cultivo del campo. Virgilio es fuente obligada de información sobre la vida de las abejas (a él acude Alonso Hernández de Herrera en su *Obra de Agricultura*, libro V, fols. 126v y siguientes): por lo que no nos extraña que en el *Tesoro* el pasaje correspondiente, *G* 4.158-169, sea uno de los más largos. Antes se había aducido *ib.* 197-202 para alabanza de la castidad.

Otros artículos en este ámbito comprenden *arrompidos* (Servio, *novale* ad *B* 1.70), *enxerir*, que Covarrubias describe por menorizadamente como “uno de los entretenimientos del campo”, *B* 1.73, *ordeñar*, *B* 3.5-6, *toro* (“arar con t.” *G* 1.63-5), *ladrar* (el perro [del pastor] que ladra y no muerde, *B* 3.18); s. v. *cuerno* se menciona el que usan los albitares, “para dar a los caballos y a otras bestias algunos brevajos”, *G* 3.509-10.

Entre los nombres de plantas aparecen *ajo*, *B* 2.10-11, *alheña*, *B* 2.18, *avena*, *ib.* 5.36-7 (y bajo *avena* lat. *aegilops*; cf. Plinio, 18.155), *carrizo*, *G* 3.231 y *B* 3.20, *fresno*, *B* 7.65-6, (*h*)*elecho*, *G* 2.189, *enbidia*, *G* 1.120, *serpol*, *B* 2.10-11, (*y*)*ezgo(s)*, *B* 10.27; también se da como lema el ya citado *espina*, *B* 10.27; entre los de frutos figuran *castaña*, *B* 1.80-81, 5.39, 7.53, *ciruela*, *ib.* 2.52-53, *fresa(s)*, *ib.* 3.92-3, *melocotón*, *ib.* 2.51, *naranja*, *ib.* 3.70 (v. s. A 10.2). Entre las causas de pestes de las plantas se cita *añublar* (← *r(u)bigo*), *G* 1.147-51, y *gorgojo*, *G* 1.185-6; entre los productos o subproductos del campo aparece *alpechín*, *G* 1.194.

Entre los nombres de animales son ilustrados con citas virgilianas los siguientes: *cabra*, *B* 1.75-76, *ciervo*, cuyos cuernos se describen como “ramosos”, *B* 7.29-30, *cigarra*, *ib.* 2.12-3, *garça* (s. v. *airon(es)*), *G* 1.363-4, *lagarto*, *B* 2.9, *topo* *G* 1.183, *toro* *G* 1.63-5 (v. s. 2.8.3). A los animales silvestres se alude s. v. *establo*. *Contagión* se aplica a las enfermedades de los animales, *B* 1.49-50 (frente a *contagioso*, sin restricción); *hipomanes* en una de sus acepciones aparece como término de veterinaria, *G* 3.280 (v. q. s. *ib.*).

Ya hemos aludido a la fenomenología de los animales como pronóstico de lluvia; Covarrubias agrega la rana por *G* 1.378

(aunque este v. se halla en el contexto de la intemperie en acto). También se refiere a la “geta del candil”, s. v. *moco*, en la misma perspectiva.

De entre los enseres nombra el *cántaro*, s. v.; de *B* 6.17 se sirve para afirmar que “tiene una sola asa”.

2.8.2.1. En todo ello no discrimina entre la descripción de la cosa como la vio Virgilio y de la cosa en sí, o entre los fenómenos vistos por los ojos de los intérpretes, p. ej., de Giovanni Pierio Valeriano, *op. cit.*, fols. 62-63, sobre *G* 3.371-2, y la realidad: “deve ser cosa muy experimentada”, escribe, refiriéndose al hecho de “embevecerse los ciervos a la vista de unas plumas coloradas”.

2.8.3. La costumbre tradicional, según dijimos (10.4), de anclar la definición (si hubiese tal) a *cosa* (o *animal*, *yerva* ...) *conocida* y similares favorece la indicación de los accidentes; pero aun cuando la mayoría de éstos se los brindan “Laguna sobre Dioscórides” y otras autoridades, no es desdeñable lo que aporta Virgilio; cf. s. v. (*y*)*ezgo(s)*: “En la copa o cima echa unas uvillas coloradas en forma de razimillos” ← *B* 10.27 “sanguineis ebuli baccis”; v. q. “*espina*: propiamente es la púa puntiaguda de la çarça o cambronera del espino”, con *B* 5.39 “Cardus et spinis surgit paliurus acutis”.

D. Volveremos luego sobre algunas de las lecciones formales que nos brindan las citas aducidas o aludidas, y pasamos ahora a considerar el aspecto más propiamente verbal, y el lexicográfico en el sentido tradicional de la palabra.

I. Como era de esperar en vista del carácter del *Tesoro* y de sus antecedentes, las citas virgilianas obedecen en parte a la etimología en sus distintas modalidades y aplicaciones, incluidas las que tienen su patrón directo en el propio Virgilio ⁷⁵.

⁷⁵ Cf. G. J. M. Bartelink, *Etymologisering bij Vergilius* (Amsterdam: Ned. Akad. van Wetenschappen, Letterkunde, 28.3, 1965).

1.2. La etimología es onomatopéyica, bien sea que cuadre a la lengua receptora, como en el caso de *tórtola* < *turtur* (v. q. *Emblema*, 1.62): “por el sonido que haze quando canta o gime”, con *B* 1.58, o sólo al latín, como en el de *ul(l)ula*, s. v. *autillo*, con *B* 8.55, “por su canto de aullido”.

1.2.1. La etimología equivale al sentido global de la palabra o tema en la lengua de origen: véase el caso de *Byrsa* s. v. *cer-car* (*E* 1.367 “facti de nomine Byrsam”).

1.2.2. La etimología se extrae del significado de los elementos de la palabra, en la lengua griega, a veces acertadamente; así para *hipomanes*, que según el Mantuano se decía “con el nombre apropiado o que significa la cosa” (*G* 3.280 “vero quo nomine dicunt pastores”). Los elementos del nombre propio *Euterpe* son realzados en son de canto: “Dulciloquis calamos Euterpe flatibus implet”, según el epigrama “De musarum inventis”.

1.2.3. Equivale a los elementos en la lengua más próxima, el latín; a elementos reales, aunque el préstamo español sea opaco, como en *egregio* < *egregius*, “quasi ex toto grege electus, excellens”: “la cosa excelente y famosa llamamos *egregia*”, *E* 4.93-94 “Egregiam vero laudem...”; o, las más de las veces, arbitrarios, como en la “etimología” de *apes*, bajo la voz correspondiente: “quasi *apeva* del nombre latino *apes*, quasi sine pedibus”, donde Covarrubias por una vez omite la cita alusiva, *G* 4.310 “Trunca pede composita...”, que recoge el Calepino; o la de *aqua*, s. v. *agua*, “Quieren algunos que se haya dicho de *a* et *qua*, quasi a qua vivimus”; sigue la explicación que ya vimos del elemento primordial, con la cita de *G* 4.382.

1.2.4. La etimología estriba en el nexa establecido desde antiguo por fas (y a menudo por nefas) entre la palabra que ha de analizarse y otra latina (o griega), como entre *alma* y *alere*; de ahí el epíteto de Ceres, *G* 1.7 “porque la tierra, el vino y el pan nos sustentan”.

Virgilio ilustra de facto la etimología del nombre propio *Sicilia* “quasi sicilita, i. e. resecta”, cuando describe (con Calepino,

y éste con Servio) cómo se había separado de “la tierra de l’Abruço” a la que antes había estado unida (*E* 3.414-417). Por *E* 7.181 “ab origine reges” se sacó *aborigines*, voz obligada en los Léxicos, aunque aquí Covarrubias no mencione la “etimología”, ni siquiera la más obvia: “quasi sine origine” (cf. APal y Calepino: “quasi sine origine”). En cuanto a los nombres comunes, a lo que hemos visto para *apes*, agréguese las explicaciones siguientes: s. v. *airon(es)*, a propósito de *garça*: “el latino llama la garça *ardea*, quasi *ardua*, porque buela muy alto y se remonta sobre las nuves, hasta perderse de vista, como lo apuntó Virgilio, *G* 1.[364-365] Notasque paludes / deserit, atque altam supra volat ardea nubem” (cf. Is., Or. 12.7.21); s. v. *cabra*: *capra* “a carpando” por *B* 10.7 y *Culex* 54-55; *costa de curva* [?], *E* 3.16-17 “et littore curvo / moenia prima loco”. *Tempora* ‘sienes’, s. v. *aladares* (que deriva de *ad latera*), lo relaciona (v. q. Calepino) con *tempus* ‘tiempo’, y de ahí con la edad: *E* 5.416 “Temporibus geminis canebat sparsa senectus”. Servio había sido maestro en esto; así, su explicación de *annus* (año) de *annulus*, por la imagen de *G* 2.402 “in sua per vestigia labitur annus”, pasa a Calepino y a Covarrubias. Por el mismo camino viene *Baleares*, del gr. *ballein*, por la mención que hizo Virgilio “d’estas hondas baleares”⁷⁶, o se deriva *moretum*, s. v. *salmorejo*, del gr. *moreo* ‘raer’, con la cita de *Moretum*, 114-116, sin que obste el paso del verbo griego a lat. *abradeo*. (Covarrubias, evidentemente, desconoce la etimología popular que relaciona *moretum* con *mortarium*, *moretarium*.)

El acompañarse una voz con otra que emplea Virgilio en el mismo contexto constituye de por sí “autoridad”; por lo que, s. v. *oreja*, tras un tanteo entre *oreja* y *auricula*, Covarrubias se alinea a favor de *haurire* por *E* 4.359 “Vocemque his auribus hausit” (así ya Calepino, y antes Isidoro, Or. 11.1.46).

1.3. Por la consabida indistinción entre el significado y el significante, la descripción que el Mantuano hace de aquél, o de alguna circunstancia o manifestación del mismo, sirve para sus-

⁷⁶ El mismo “étimo” aparece s. v. *balcón*, a pesar de indicar Covarrubias correctamente su procedencia italiana. La etimología “docta” prevalece una vez más sobre la sugerida por la experiencia.

tanciar la etimología del nombre latino (o aun del griego), subyacente o correspondiente, con o sin aparente nexa verbal. Véanse las ilustraciones de *circumdare* (s. v. *cercar*), que “propia-mente se dize de las ciudades porque las formavan en figura redonda”, con *E* 9.153; o la de gr. [latinizado] *corium* (s. v. *escudo*) “porque se hazía de muchos cueros de buey juntos, uno pegado a otro, qual debía de ser el de Turno, por lo que refiere Virgilio” *E* 12.[925-6], o la del verbo hebreo equivalente a lat. *irasci*, s. v. *añafil*, “porque con su sonido pone en cólera y anima a los soldados, como lo representa Virgilio en la persona del miseno Aólido” *E* 6.164-5.

2. La palabra es clave del universo y explicación o representación de la vida del hombre no sólo por su etimología, sino por el simbolismo que entraña: “*oliva* es símbolo de la paz” según *E* 8.116 “paciferaeque manu ramum praetendit olivae”; *cisne*, del buen poeta *B* 9.27-9 (con cita del *Emblema* de Alciato); *ganso*, del malo *B* 9.36 “... sed argutus inter strepere anser olores”. Gracias a la polivalencia de los símbolos, *ganso* es también símbolo de “la centinela” (v. q. *Emblema* 3.10).

3. El *Virgilius subiectus grammaticae*, que también se relaciona con la lexicografía, deja una huella en el *Tesoro* que veremos ser mayor en la actuación española que en lo que adopta verbátim. Dejamos constancia de las observaciones sobre la declinación de *Amarillis* (ad *B* 1.5): “advértase que el (*A*)*maryllida* es acusativo griego”; sobre el carácter epiceno de *bu(f)o*, s. v. *buho*, que ejemplifica como f. en *E* 4.462; sobre el número, s. v. *hoz*: “faux vel potius fauces”, con la cita de *E* 6.273; sobre la diferenciación semántica entre sing. *barba*, que cuadra al hombre (*B* 1.27-8) y pl. *barbas*, dicho “de los animales”, en este caso con Isidoro, *De differentiis*, 2.15⁷⁷.

⁷⁷. Observamos de paso que éste es un buen ejemplo del automatismo de Covarrubias respecto a la fuente de la que en cada caso se servía. Aquí se aparta de Calepino (donde la cita virgiliana, por lo demás, es distinta), y muestra no haber visto a Felipe Beroaldo, en su comentario a Servio (Reggio Emilia, 1496 y varias edd. después), donde impugna la distinción, citando a Hor., Sat. 1.1 “lupi barbam”.

4.1. Otro ámbito que vemos reflejado en el *Tesoro* (aunque mucho más parcamente de lo que podría esperarse) es el Virgilio de la retórica. No hará falta recordar que el Mantuano había sido comentado y visitado asiduamente en este sentido por Quintiliano, Elio Donato, Servio, Isidoro y otros muchos. Tres son los términos retóricos que se incluyen como lemas con citas virgilianas: *alegoría*, *di(a)éresis*, *metáfora*. La *alegoría* o *inversio* la ilustra por Quintiliano, citado en latín con el Calepino, y con la misma cita canónica, *B* 3.III “Claudite iam rivos, pueri, sat prata biberunt” (cuya explicación coincide aproximadamente con las últimas palabras de la glosa de Servio: “i. e., desinite iam plura canere, quia satis audivimus”); lo mismo sucede para la *metáfora*, lat. *translatio*, cuya explicación aparece esta vez en español, con la misma cita que Calepino, *E* 6.1 “Classique immittit habenas” (con la glosa: “tomado a la semejança del cavallo”); también hubiese podido mencionar la sinécdoque *classis-navis*, que refleja en su versión con *nave* (la misma traducción aparecía ya en APal, s. v. *classis*). En el caso de *diéresis*, no opta por el significado prosódico (de hiato entre vocales), sino por el de la distribución “de alguna cosa por partes” (*distributio* es su nombre latino)⁷⁸, con la cita de *E* 2.29-30 “Hic Dolopum manus, hic saevus tendebat Achilles / classibus hic locus; hic acie certare solebant”.

S. v. *apañar*, la yuxtaposición nos parece muy significativa de la actitud de Covarrubias por cuanto nos traslada bruscamente de *E* 1.135: “Quos ego ... sed motos praestat componere fluctus” a una exclamación de ambiente coloquial: “el amenaza que hazen a la gente ruin, diziéndoles: —Yo os prometo que si apaño un garrote ...”. El contraste es evidente (el pasaje vertido por Hernández suena: “Dezid, desmesurados y atrevidos, / ¿tanto en vuestro linage confiastes, / que sin mi permisión tantos ruidos / en tierra, en aire y mar osastes? / Yo os juro ... Mas los mares removidos / quiero agora sosegar”), y tanto más llamativo por cuanto las palabras de Eolo, en un pasaje épico, se

⁷⁸ Cf. Tullii Rufiniani (Ps. Ruf.), *De schematis*, en C. Halm, *Rhetores latini minores* (Leipzig, 1863), citado por H. Lausberg, *Manual de retórica literaria* (Madrid: BRH, 1967), § 675.

tomaron desde Quintiliano (9.2.54) como el ejemplo clásico de aposiopesis.

4.2. Agregamos que muchas figuras que solían ejemplificarse con citas virgilianas pasan desapercibidas: bajo *dialogismo*, al que dedica un breve artículo, hubiera podido citar *B* 1.73 “Inserere nunc, Meliboee, piros”, *E* 11.751-6 “Utque volans...”, s. v. *águila*, ofrecía una comparación; s. v. *ciervo*, aparece otra, con *E* 12.749-50; con *G* 1.5-7, s. v. *alma*, tenemos una invocación, sin hablar de la interrogación.

4.2.1. Muchos de los textos que cita más allá de la escueta ilustración de la palabra son de singular eficacia, y algunos representan figuras retóricas fácilmente identificables; véase s. v. *fresno* *B* 7.65-6 “Fraxinus in silvis pulcherrima, pinus in hortis, / populus in fluviis, abies in montibus altis”, y s. v. *arrayán*, otro pasaje cuatripartito con paralelismo alternando con quiasmo en *B* 7.61-2. No nos detenemos en la anáfora con paralelismo de *E* 3.566-7, s. v. *espuma*, ni en otras figuras.

S. v. *cuerno*, tras reproducir y parafrasear *E* 11.857-61, donde se relata cómo Camila atacó con su dardo a Arrunte, Covarrubias explica que se había alargado en transcribirlo por ser un “lindo encarecimiento”.

4.3. Lo que veremos sobre los epítetos (v. i. 6.2) nos traslada a la poética, en la que Virgilio ejerció una influencia notable (piénsese, excepto por los epítetos de los que trataremos en el apartado del léxico, en las *Anotaciones* de Herrera a Garcilaso⁷⁹).

5. Agregaremos aquí que los términos del ámbito de la métrica son muy contados; de la métrica clásica tenemos la mención de (*h*)*exámetro* s. v. *elegía* y los lemas *espondeo* y *dáctilo* (¡s. v. *dátil!*), pero sin referencia a Virgilio.

⁷⁹ Cf. *Garcilaso de la Vega y sus comentaristas*, ed. A. Gallego Morrell (Madrid, 1972). Para la identificación de las citas virgilianas en Herrera, cf. nuestro ensayo de próxima aparición en *Homenaje a Antonio Vilanova*.

6.1. Hemos empezado por los aspectos en que cabe sistematizar más fácilmente dentro de la tradición lexicográfico - gramatical y retórica. En cuanto al léxico, el Mantuano se nos presenta como comentarista de sí mismo, s. v. *casa*, ad *B* 2.28 “humiles habitare casas”: “Virgilio las llama habitaciones humildes”, y sirve para glosar palabras “difíciles”, como el ya citado *hipomanes*, que Covarrubias aclara en dos acepciones distintas, una por *G* 3.280-289 (con Plinio 28.2 y 8.24), otra por *E* 4.575-6; también ofrece la localización histórica del término en el caso del “osco” *falcatius ensis*, según se elicit de *E* 7.732 (v. s. C 2.6), s. v. *adarga* y *alfange*. El grecismo *aegilops* es incorporado en el art. *avena* con *B* 5.[36-37]; había sido lema en Calepino, donde la cita virgiliana aparece con “latine vertit” (con Plinio 18.17).

También interesa el léxico virgiliano en sí; s. v. *arroke*, tras dar la equivalencia, “latine dicitur *sapa*”, Covarrubias señala, siempre con Calepino: “Virgilio le llamó *mosto dulce*: *G* 1.295 “Aut dulcis musti Vulcano decoquit humorem”.

6.1.1. Con la simple fórmula de “Virgilio llama”, Covarrubias registra también restricciones semánticas accidentales o por metonimia, con trascendencia en el uso latino: como cuando *tendere* con *E* 2.29, va a parar bajo *tentorium* (Calepino) y por ende *tender* (sin fundamento) bajo *tienda*, o sin ella; así para *dens*, s. v. *lengueta*: “el garrón del ancla que el latín llama *diente*”; “el latín” está aquí por Virgilio, *E* 6.3-4 “Tunc dente tenaci / anchora fundabat naves”, que se cita a continuación (cf. Hernández: “echan luego anclas con fuertes dientes”); o para *latro*, en la acepción que Covarrubias, s. v. *ladrón*, recoge de Calepino con su cita virgiliana: “algunas vezes significa el que sale a herir de través como suele hazer el montero que espera en algún puesto a la fiera, según consta del lugar de V.”, *E* 12.7-8 “Fixumque latronis impavidus frangit telum”; o para *stabulum*, s. v. *establo*, por el uso poético en *E* 6.179 “stabula alta ferarum”. También registra ampliaciones, por metonimia, como la de “*espectáculo*: lugar público y de mucho concurso que se junta para mirar”, en relación (dudosa) con los vv. “Nocte pluit tota”.

6.1.2. El uso virgiliano (con las observaciones pertinentes de los comentaristas) ocasiona también la observación explícita de un fenómeno semántico como el de la inversión de la polaridad: con Calepino, Covarrubias señala el uso “en buena parte” de *dolus*, s. v. *dolo*, y de *tirannus*, s. v. *tirano*: aquél en *E* 2.389-390 “... *dolus an virtus, quis in hoste requirat*”, éste en *E* 7.266 “*Pars mihi pacis erit dextram tetigisse tyranni*”, y, a la inversa, el uso “en mala parte” de *sperare* en *E* 4.419 “*Hunc ego si potui tantum sperare dolorem*”, que había ocasionado un comentario de Servio, y luego otro de Isidoro (*De differentiis*, 1.515, con la contraposición explícita entre *sperare* y *expectare*). En el *Tesoro*, al que trasciende por mediación del Calepino, la observación se aplica a esp. *esperar*: “abusivamente dezimos *esperar la calentura*, aunque no deseamos que venga, y *esperar la muerte*, que naturalmente la tememos”.

También al indicar los complementos libres de los verbos pudo pensar Covarrubias en Virgilio; así, s. v. *contar*, cuando, ¿con *B* 3.34?, pone *ganado*.

6.1.3. El uso virgiliano, ampliamente comentado, encamina especialmente a observar la transferencia de solidaridades, del hombre a los seres irracionales, o aun a los seres inanimados; véase, entre los verbos que designan acción, *gemir* (tras la definición latina de consabida procedencia): “es propio del hombre, y por metáphora se dize del bruto [s. v. *tórtola*, con *B* 1.58], y aun de la cosa inanimada, quando el sonido le remeda en algo; como dixo Virgilio *E* 6.[413] «*Gemuit sub pondere cimba*»”. S. v. *aullar* señala que “también dezimos *aullar la criatura racional*”, con *E* 4.166-8. Para *ladrar* (v. s. *B* 1.4), cuando lo toma en otro sentido que el de la cita virgiliana, se amolda a Calepino, trasladándolo a las amenazas del hombre. S. v. *aplacar* leemos asimismo: “y no solo (se dize de) la alteración del hombre, pero aun la de las cosas inanimadas, *E* 1.142 “*Sic ait et dicto citius tumida aequora placat*”. Asimismo *afear* es relacionado con la cara como objeto propio, con *E* 2.285-6.

6.1.4. En su relación continuada con las citas virgilianas, Covarrubias ejemplifica prácticamente, p. ej., la metonimia, cuan-

do explica *hazes* (*fascēs*) en *G* 2.495-6. Con la metáfora tropezaba, además, a cada paso en los textos (cf. *G* 3.136 “*genitale arvum*” s. v. *madre*), y en los comentarios: cf. *vitulus marinus* (según Suetonio)⁸⁰ por *foca* (Calepino), ad *G* 4.394-5.

6.2. Nebrija, *Quintiliano auctore*, encarecía la importancia de señalar las palabras poéticas como tales, aunque luego no se atiene siempre a esta norma en el *Lexicon*⁸¹ y hace caso omiso de ella en el *Vocabulario*. Tal desatención vale en parte también para el *Tesoro*, con coincidencias significativas. Ni Nebrija ni Covarrubias incluyen *tedae* entre las palabras poéticas latinas; cf. *tea*, donde, tras ilustrar su uso en las bodas de los romanos, cita *E* 4.18 “*Si non pertaesum thalami t(h)edaeque fuisset*”, y explica el significado de *tedae* no en textos poéticos, sino entre “los latinos” tout court; por lo mismo, s. v. *boda* explica la equivalencia: “para lo que en latín llamamos *nuptias* vel *tedas*”. También aduce *tálamo* como lema, pero sin indicar el nivel (y hasta con un dicho español, “Mesurada como novia en tálamo”). Huelga recordar que *taeda(e)* y *thalamum* remplazaban *nuptiae* metri causa, y por ende se pueden llamar palabras de los poetas en sentido técnico aun antes que metonímico⁸².

Sin embargo, la atención a este aspecto no podía faltar. De *hurto*, en realidad *furta*, escribe Covarrubias con referencia a Tibulo, *I.2.36*, *3.II.7*, y a Virgilio, *G* 4.345-6: “los poetas llaman *hurto*s los adulterios”. Ya vimos “Al fuego llaman los poetas algunas veces *Vulcano*”, que ahora relacionamos con la enseñanza de Quintiliano (8.6.24).

6.2.1. No es de extrañar que la calificación de “poético” surja a propósito del adjetivo, y que este carácter sea el motivo prioritario para la inclusión de esta categoría gramatical en el

⁸⁰ Cf. ad *A* 90 en *Commentationes conditae a Philippo Beroaldo in Suetonio Tranquillum*, con frecuentes ediciones desde 1494 hasta 1610. Por lo demás, *vitulus marinus* es muy frecuente en Plinio (cf. 2.55 y 146).

⁸¹ Cf., p. ej., “*insanus*: por cosa grande (poético)” [¿en el sentido de maravilloso, extraño?], donde pudo pensar en *E* 3.443 “*insanus vates*”.

⁸² Cf. M. Leumann, “Die lateinische Dichtersprache”, en *Kleine Schriften* (Zürich-Stuttgart, 1959), pág. 146; trad. ital. de A. Lunelli, *La lingua poetica latina* (Bologna, 1974), pág. 161.

Tesoro; véanse *alma*, ilustrado con *G* 1.5-7, y s. v. *Ceres*, con ib. 6-7, y significativamente también por “alma Redemptoris Mater” y por “Alma Mater”, dicho de la Iglesia. Por estas conexiones, Covarrubias cita la forma f., aunque Virgilio, por supuesto, usa también la forma m. *almus*; cf. *E* 5.64; y explica: “es término consagrado por la religión, que emplearon los poetas”.

6.2.1.1. No extraña tampoco que la mayoría de los adjetivos se señalen como epítetos; para el ideal de elegancia y propiedad que se perseguía en la composición latina, el hallar adjetivos (y adverbios) “conformes y convenientes” (así, p. ej., Pedro Simón Abril)⁸⁸ era un requisito ineludible.

Inspirándose directamente en los textos virgilianos, había escrito Servio ad *E* 1.323: “epitheta tribus modis ponuntur, aut laudandi, aut demonstrandi aut vituperandi”. Serían del segundo tipo los que sirven para distinguir las especies (como *arbóreo* [*E* 1.190], *ramoso* [*B* 7.30], dichos, con los correspondientes adjetivos latinos, de los cuernos, s. v.). Por el uso virgiliano, considerado siempre ejemplar, aun éstos serían tenidos como epítetos poéticos, y otros como *cereus* en *B* 2.52-3 *cerea pruna*, s. v. *ci-ruela*, *canus* (*cano*) cuando no se refiere al cabello (cf. s. v. *Gorgones*) (cf. s. v. *espuma*, *E* 8.672 “sed fluctu spumabat caerula cano”: “Danle a la espuma el epíteto de blanca y cana”), *curvus* (s. v. *corva cosa*), dicho del arado ad *G* 1.170 y 494: “al arado damos epíteto de corbo”, *mitis* (*blando*) e *hirsutus*, s. v. *castaña*, que se ilustran con *B* 1.80 y 7.53, respectivamente. Agréguese *malignus* (s. v. *malino*), *G* 2.179 “este epíteto da Virgilio al campo inculto”, *niveus*, s. v. *cisne*, *G* 2.199, *aureus* (*color de oro*) s. v. *naranja*, *B* 3.70-1, *solidus*, *B* (“pesante o sólido”), dicho del diente del *elefante* (s. v.) ad *G* 3.26; “el ordinario suyo es ser blanco” (cf. *E* 6.895), *simus* (“sima o roma”), dicho de la cabra (s. v.), *B* 10.7, “por tener las narizes chatas”.

Cuando, bajo el lema *aurora*, Covarrubias enumera 13 adjetivos entre latinos y españoles: “danle los poetas varios epítetos,

⁸⁸ *Petri Simonis Aprilei Caminitani de lingua latina et de arte grammatica* (Tudela, 1573), pág. 218, citado con ejs. en M. M., *Pedro Simón Abril* (Madrid: CSIC, 1948), pág. 86.

llamándola *clara, fúlgida, áurea, blanca, róscida, purpúrea, aljófarada, (h)úmida, luzífera, praevia, flava, rubicunda, hermosa* y otros muchos”, entre los que el que más se acerca a los virgilianos referidos a *aurora* es *húmida* (cf. *E* 4.7 “umentemque aurora polo dimoverat umbram”). Remitimos al *Thesaurus linguae latinae* de Curione, donde *luteus* y *pallidus* aparecen como de Virg. *E* 7.[26] y *G* 14.[446], *purpureus* como de Ovidio *Met.* 3.[184] y *ad Liviam* y *Met.* 2.[13], y *roscidus* y *vigil* como de Ovidio (cf. *A. A.* 3.180 y *Met.* 2.112), y *praevius*, con la notación “Ex poeta”, que se ha de entender por Nonio, 65.8.

E. Podemos preguntarnos ahora si el *Tesoro* como *Thesaurus* españolizado trasciende al propio español en sí, o al estudio del mismo.

1.1. Para las “etimologías” de las palabras latinas, Covarrubias contaba con la ayuda de una larga tradición lexicográfica, reflejada o condensada, las más de las veces, por Calepino. A las palabras españolas, cuando están “corrompidas” de otras latinas pero guardan bastante parecido, podría aplicarles la “etimología” de éstas; así para *gorgojo* respecto a *curculio*, con Calepino “*curculio* quasi *gurgulio*”, aunque luego agregue, también con su antecesor: “quod pene in eo nihil aliud quam gut(tur) videatur, Virg. *G* 1.[185-6]”. Por lo demás, es casi ilimitada la desenvoltura con la que pasa del español al latín, de *seda* a *seres*, de *naranja* por *aurantium* a *aureus*.

1.2. Diríase que la autoridad de los autores clásicos influye negativamente en las “etimologías” (en realidad paraetimologías) del *Tesoro*, incluyendo las adiciones de Noydens. *Polilla* lo saca éste de *populilla*, y a su vez de *populor* ‘destruir’, “como dize Virgilio (*G* 1.[185-6]) «Populatque in[di]gentem farris acervonum»” (cf. Calepino, s. v. *curculium*). Para *invierno* transforma aquél en composición lo que en Calepino había sido descripción: “El tiempo en el año opuesto al verano, y assí está compuesto de *in* y *ver*, *veris*, por el verano”; en el Calepino había leído: “pars anni frigidissima, media inter autumnus et ver”, que bien podía ilustrarse con *G* 1.299 “hiemps ignava colono”.

Para la “etimología” de *melocotón*, Virgilio ofrece al autor del *Tesoro* el primer elemento, *malum*, directamente, y el segundo, *cotón* ‘flueco’, por equiparación con *lanugo* en *B* 2.51 “Ipse ego cana legam tenera lanugine mala”. La atención al árabe apunta hacia el socorrido morfema *al-*; así para el ya citado *al-modrote*, sacado de *moretum* (“con interpuesta la *d*”), o *al-fange*, de *falx*.

Por lo demás, la etimología procede directamente de la lección de las cosas; así para *ordeñar* respecto a *orden* (el que han de guardar los pastores por no incurrir en la falta que en *B* 3.[5-6] se echa en cara al pastor malo: “Hic alienus oves custos bis mulgat in hora, / et succus pecori et lac subducitur agnis”), en cuyo caso por una vez Covarrubias pisa un terreno hacia el cual se orienta la moderna lexicografía. Del mismo tipo, con fundamento en Paulo ad Festum, pág. 40, es la etimología de *congruencia*, s. v. *grulla* (ya en APal): “quando buelan hazen cierta forma de esquadron, de cuya contemplación Palamedes inventó la letra ípsilon”; lo que le da pie para ilustrar la “letra de Pitágoras” con Mt. 7: 13, con Persio, Sat. 3.56, y con los dos primeros versos del escrito pseudovirgiliano del mismo nombre, y agregar después: “Y del grande concierto y orden que llevan (las grullas) parece haverse dicho la palabra *congruencia*” (v. q. s. v.).

Una interpretación sui generis de un texto de Virgilio se observa, s. v. *malino*, cuando explica *maleza*, como “espesura baxa en el monte, que impide poder atravesar por él”, por *G* 2.179 “difficilis primum terrae collesque maligni”; Calepino sugería otra más cónsona al contexto: “unde malignus ager dicitur, hoc est sterilis”.

1.3. Huelga agregar que la etimología, certera o falsa, entraba en el discurso de las personas medianamente cultas como “explicación esencial”: “*fama a fando*”, “*serpol a serpendo*” serían formas corrientes. En los *Emblemas morales*, hablando del castigo de los niños, Covarrubias se expresa con las mismísimas palabras que hallamos luego en el *Tesoro*: “*palmatoria*: llamóse en latín *ferula a feriendo*”.

1.3.1. En el discurso poético, una etimología como la de *egregio*, tomada, según explica Covarrubias, de “la similitud de la res que el pastor escoge entre todo el hato por mejor”, nos hace más asequible el hecho de que Lope llamara a la amada “su manso”.

1.3.2. El supuesto étimo se manifiesta de vario modo, con cruces entre la palabra latina y la española; Covarrubias escribía, s. v. *castaña*: “Y por razón de los erizos en que están encerradas, las llamó en otro lugar (*E* 7.[53]) *hirsutas*”. En un pasaje de la *Vida de Marco Aurelio*, donde la reminiscencia de Virgilio es evidente, Antonio de Guevara (citado por Aut.) había transformado *hirsuto* en (*h*)*erizado*, por asociación impresionista de sonidos o tal vez por paraetimología (lat. *hirsutus* procede de *hirtus*): “El castaño herizado nos da las castañas sabrosas”, de ahí tal vez en los poetas renacentistas y barrocos la fortuna de *erizar*; véase, dicho del cardo, en la versión de Fr. Luis de G 1.149-50 “el baldío (desechado) cardo, que se erizaba en el sembrado”.

2. De las palabras con sentido simbólico, la vigencia que tuvieron en español ha de determinarse en cada caso. La que vimos de *oliva* permaneció. En cambio, *ganso* (o *ánsar*) como símbolo de “la centinela que hace escolta” según *E* 8.655-6 sólo sería accesible a los doctos. Lo mismo podríamos decir de *ganso* o *ánsar* por “el mal poeta” (cf. lo que advierte el propio autor, s. v. *ganso*: “por alusión llamamos gansos a los pedagogos”). El simbolismo docto se entendería mejor en relación con *cisne*, como en el pasaje virgiliano que adujimos; cf. Encina, 9.143-144 “mas como cisne con ganso ganaré”. En el nivel de la lengua común será universalmente comprensible, pero no exclusivo del poeta, *graznido*; cf. lo que escribe a propósito el propio Covarrubias, s. v. *ánsar*: “el mal cantor, que con su graznido, digo con su mala compostura de versos o con su áspera y desentonada voz, atormenta los oídos”. Por lo demás, *ganso* y *cisne* se aclaran como símbolo cuando vienen contrapuestos. Covarrubias representa gráficamente tal relación, s. v. *ánsar*, como por imagen de emblema: “un ánsar entre dos cisnes significa el

ruin poeta o el mal cantor ...”⁸⁴ (cf. Fonseca, citado por Aut.: “no es razón que venga yo a enmudecer, aunque sea como el ánsar entre los cisnes”).

3.1. Las observaciones que hicimos bajo la rúbrica de *Virgilius subiectus grammaticae* nos hacen reparar ahora en alternativas, no siempre fáciles de explicar o documentar, como “ebano dicho también evano” (¿fonética, prosodia?, ¿o simple adaptación de la fuente?: “ebenus vel ebumum” se lee en Calepino, y antes en Nebrija, con dos versiones distintas). A propósito de *borzeguí* o *burzeguí* se nos viene a las mentes “*cothornus* uel *cuthurnus*” del *Lexicon* revisado de éste.

3.2. El ac. griego *Amaryllida* interesa indirectamente por la vacilación que los autores clásicos delatan, p. ej., en *Filis* / *Fílida*, y que aún se manifiesta en nuestros días, p. ej., en *Lícoris* / *Licóride*. La prosodia debería estudiarse ulteriormente, no sólo por la métrica, sino por la relación con el modelo clásico, latino o griego⁸⁵.

4.1. Sobre la atención a las figuras retóricas en Virgilio, y la influencia que ejercieron, no hará falta insistir aquí por cuanto Covarrubias da unos ejemplos estándar; así s. v. *loçano*: “Dezimos comúnmente *estar los panes loçanos* por translación, como *reírse los prados*”. Huelga recordar, además, que la imitación de las figuras virgilianas es anterior a la poesía italianizante (Encina imitó, entre otras muchas, la de *B* 7.65-6, que citamos arriba; 161-5: “En silvas, fresno es hermoso, / y por los huertos el pino, / y en ríos, olmo gracioso, / y abies, muy gasajoso, / por los montes de contino”). Para el Siglo de Oro, los

⁸⁴ Tal vez recordaría el Emblema 38 de Alciato con un cetro entre dos cornejas, al que alude s. v. *corneja*.

⁸⁵ Cf. F. Robles Dégano, *Ortología clásica de la Lengua Castellana* (Madrid, 1905), para *ambrosia*, *ariete*, *cerbero*, *ciclope*, *eliseo*, *Euridice*, *Hesiodo*, *medula*, *Metamorfosis*, *(O)ceano* (que reproducimos aquí sin tilde para no prejuzgar la posible solución), págs. 198-210. Para *oceano* en el aspecto métrico, v. q. G. S. Morley, *RFE*, 14 (1927), 270.

comentarios de Garcilaso, y luego los del *Polifemo* de Góngora⁸⁶, ilustran de sobra la atención que merecía Virgilio en este aspecto.

4.2. Agregaremos que al lado de los nombres de las figuras retóricas que vimos, hay algunos referidos al estilo; así *énfasi* (aducido por la asiduidad con que el autor lo veía empleado), *equivoco*, referido a las palabras. Esto dentro de una neta distinción del lenguaje escrito cultivado (Quintiliano auctore, 12.10.49): “los hombres doctos hablan y escriben con más elegancia y propiedad que el vulgo, y a veces con tanta diferencia que parecen diversas lenguas”, s. v. *lingua* (1).

5. En el ámbito de la métrica hallamos un sublema dedicado a la de tipo popular y/o cancioneril, *bordoncillo* s. v. *bordón*; el único término relacionado con la moda italianizante (que se impuso globalmente en las versiones de Virgilio) es *verso esdrúxulo*, s. v. *esdrúxulo*, para un tipo de endecasílabo introducido una vez más desde Italia. Es significativo que allí recuerde el *Arte poética española* de Juan Díaz Rengifo, donde la presencia y confrontación con la métrica clásica es consabida (cf. sobre el “verso heroico” o endecasílabo, cap. 61).

6. En cuanto al léxico no estará de más señalar que los nombres de los objetos que registra Covarrubias, ilustrándolos con citas virgilianas, se cuentan entre otros de su especial interés: así *lengueta* entre los náuticos (como es, p. ej., *leva*); *alfange*, *adarga*, *lança*, entre los de armas y sus usos, propios del mundo contemporáneo, como *arcabuz* o *levada* (“término del juego de la esgrima”). Por lo que puede intuirse que si el uso virgiliano influyó en la selección de los lemas, también actúan los intereses del autor español en la selección de unas citas con preferencia a otras.

Sería también de ver hasta qué punto la influencia combinada del uso de una palabra en la prosa científica, de un Laguna, p. ej., y en Virgilio influyeron en que aparezca una voz más que otra: *palustre* y no *palud*, ambos con antecedentes en Vir-

⁸⁶ Véanse estudiados en relación con las fuentes clásicas por A. Vilanova; v. s., n. 65.

gilio (cf. *G* 3.432, 4.479 y 3.175); Covarrubias evita *palud(e)*, que aparecerá en Aut. (cf. *DCECH paúl* para doc. esporádica anterior) y traduce normalmente *palus* con *laguna* (cf. s. v. *Estigia*); emplea, en cambio, *palustre* (cf. s. v. *carrizo*), y hasta lo introduce ad *B* 1.48, s. v. *junco*: “Virgilio los llama *palustres* y *limosos* en la misma égloga” (en el lugar citado sólo se lee *limosus*; *paluster* aparece en la cita de Ovidio que precede en Calepino).

6.1. En cuanto a la extensión semántica, hemos de observar que de *durar* afirma Covarrubias que “vale algunas vezes perseverar y continuar alguna cosa, aunque sea trabajosa”. Lo que es fácil de documentar, en los escritos del Siglo de Oro (cf. Fr. Luis, citado por Cuervo, Job 3: “Oh alma, espera, / dura con fuerte pecho / ... / Aguarda, atiende, sufre, persevera”), como latinismo crudo moldeado en los clásicos y en particular en *E* 1.207, que aduce el propio Covarrubias: “Durate et vosmet rebus servate secundis” (cf. TLL II, 3, 1).

6.1.2. La polaridad positiva de *dolus* y *tyrannus* sólo interesa al diccionario latino incorporado por Covarrubias en el suyo. Lo mismo diremos de la polaridad negativa de *sperare*, aunque el autor la aplica al español como “uso abusivo”. Importa, sin embargo, la atención al fenómeno, que se manifiesta legítimamente cuando Covarrubias escribe de *bueno*: “hasta lo malo en lo consumado de su maldad admite (aunque impropriamente) este epíteto, como “«Diole una buena cuchillada», tiene una muy buena calentura”.

6.1.3. La solidaridad de *afear* con la cara no cuadra con la acepción más corriente, “en término cortesano”, que indica el propio Covarrubias: “representar a alguno quán malo y detestable sea algún pecado o delito que haya cometido, para que se confunda y emiende”; la misma referencia a la cara vuelve a aparecer en Aut. con ilustraciones no del todo adecuadas.

En otro ámbito, al parecer más ‘técnico’, Covarrubias (y luego Aut. con él) une el uso “traslaticio” de *degenerar* (s. v.) con el fenómeno fisiológico en el mundo vegetal, que describía el

Mantuano en *G* 2.59 “pomaque degenerant succus oblita priores” (y en *ib.* 1.196-7, relatando al parecer su propia experiencia: “vidi lecta diu et multo spectata labore / degenerare tamen”).

Interesa en particular la solidariedad traslaticia de objeto inanimado, que el propio Covarrubias, s. v. *aplacar*, documenta con un pasaje de Garcilaso (aunque allí con *ira* y *furor* como términos intermedios), a saber en *Canc.* 5.1-6 “Si de mi baxa lira / tanto pudiesse el son, que en un momento / aplacasse la ira / del animoso viento, / y la furia del mar y el movimiento”.

Para *gemir*, dicho de la *tórtola*, s. v., recordaremos que Covarrubias traduce “canta o gime”, y que en el *Emblema* 1.62 adopta como mote la circunlocución “cantando lloro”. Gaspar Gil Polo en la *Diana enamorada* emplea *quexarse* a propósito de las cigarras⁸⁷.

6.1.4. La relación metafórica entre *hoz* y lat. *fauces*, *E* 6.273 “primisque in faucibus Orci”, no sería evidente para el hablante español, y tal vez sí para los literatos, pero hay otras metáforas virgilianas que podríamos documentar en poetas o escritores vernáculos, y que incluso trascienden a ámbitos más amplios de la lengua, como: “*quedarse (h)elado*: haver tomado espanto y estupor de alguna cosa” (s. v. *(h)elar*; luego, s. v. *Galatea*, se alude al otro sentido traslaticio en Garcilaso, *Égl.* 1.59 “Más (h)elada que nieve Galatea”), que aquí no hallamos ilustrado con pasajes de Virgilio, pero al que cuadrarían las citas aducidas bajo *aglayo*, *despeluzar*, *erizarse*, *grima*, *horror*.

6.2. Afectan directamente a nuestro tema la trascendencia del vocabulario latino al español como acervo poético, y también las ausencias.

6.2.1.1. Entre las presencias de los nombres propios, hemos de señalar *Eridano* (v. q. s. C), que Covarrubias distingue de *Pado* y *Po* (s. v. *toro*, de la *Puente de Salamanca*), y la de *(H)esperia* (por *Italia* y *España*), que ya había empleado Mena.

Aunque ya no haya distinción de forma, que ya se había fija-

⁸⁷ Ed. R. Ferreres, Libro 1, “Rimas provençales”, vv. 5-6 (Madrid: Clás. Cast., 1953), pág. 31; la traducción normal era con *lleno de*.

do, incluimos aquí *Gaeta* (en APal *Caiete*) por su larga presencia en poesía (cf. Dante, Inf. 26, 92-93; Padilla, *Los doze triunfos* ... 4.3.17)⁸⁸. Al hablar de la huella de *B* en D I.I.I ya nos referimos a *Galatea* y *náyades* (aunque para éstas sirve de trámite la poesía pastoril). Para *Parnaso* v. i. F I.I.

6.2.1.2. Entre el nombre propio y el nombre común se halla **héspero* (v. s. A 10.2), como alternativa al más corriente *luzero* (cf. Garcilaso, Égl. 3.312). Véase la ambigüedad entre el nombre propio y el común en Encina 8.101-2 “que ya el (H)éspero dessea / irse tras Eta a poner”. Bajo (*A*)*urora*, donde señala los epítetos que ya indicamos, sería palabra poética en su sentir (cf. Herrera: “aurora se llama *alva* en español”).

Prescindiendo del interés que despertara en Covarrubias la explicación lexicográfica del uso virgiliano, hemos de volver sobre *dolo*, latinismo que habían empleado Mena, *Laberinto*, 64e-h, y Juan de Padilla en *Los doze triunfos de los doze apóstoles*, 1.52-54, facilita la rima con *Eolo*. Luego lo hallamos, fuera de la consonancia, en los traductores, Hernández de Velasco: “la donosa merced del dolo griego” ← *E* 2.34, “a dar al dolo el fin que pretendía” ← ib. 64.

Recordaremos también *mirto*, que alterna con *arrayán* bajo el lema de este nombre: “Y dan muchas razones porque dedicaron a Venus el arrayán, la una porque ... iva coronada de mirto”; *mirto*, huelga advertirlo, es vocablo literario en el Siglo de Oro. Sin referencia explícita virgiliana aparece (con reservas) *ambrosia* (cf. *G* 4.415, *E* 1.403): “los poetas españoles le han hecho nuestro ... y así me ha sido fuerza ponerle aquí, como otros muchos que se han españolado”.

6.2.1.2.1. También la “etimología” contribuye a la sugestión poética de voces que de por sí no la tendrían, como de *ciruela* por *B* 2.53 “*cerea* pruna”, o la de *ajo* ← *B* 2.10-11 *allium*, “quasi

⁸⁸ Cf. la ed. de E. Nortí Gualdani (Messina-Florenca, 1975-84), cuyo tercer y último tomo contiene un pormenorizado comentario y un índice de voces (latinismos oseudolatinismos muchas de ellas) que pueden servir de enumeración negativa respecto al *Tesoro*, por reflejar éste más bien el vocabulario de la épica posvirgiliana.

halitum, ab halitu quem fragantissimum haec erba spirat” (La Cerda, citado s. v.).

6.2.1.3. En el artículo aludido sobre el *epíteto*, Covarrubias da como “exemplos en nuestro vulgar” *blanca mano, rostro alegre, dulce risa*. Señala, además, otros, o bien partiendo de la cosa; cf. s. v. *alva* “por su alegría le damos el epíteto de risueña”; s. v. *liebre*: “la liebre es animal tímido, y assí le dan esse epíteto los poetas” (donde pudo referirse a Hor., *Epd.* 2.35 “pavidumque leporem”, o a las muchas adaptaciones en verso de la fábula esópica); s. v. *retama* recuerda a Garcilaso, que “le dio epíteto de *amarga*, diziendo [cf. *Égl.* 3.314] “Amargo al gusto más que la retama” (donde la modificación se traslada de *retama* al mismo poeta); podría compararse con *G* 1.120 “Et amaris intuba fibris”; s. v. *sobervia* cita para *sobervio*, también de Garcilaso, *Égl.* 2.45 “la sobervia puerta de los grandes señores”, que nos recuerda la alusión a “los grandes palacios y encumbrados”, con *E* 1.365-6, que hallamos bajo *enarmonarse*.

De los adjetivos nombrados arriba, *cano* trascendió a la lengua poética: cf. G. Pérez en la *Ulixea*: “Herían con sus remos el mar cano” ed. cit., fol. 173r; y también *corvo*, dicho del arado, según vimos, con *G* 1.170; cf. J. Valdivielso, cit. por Aut., en *Vida de S. José*, cant. 3.17 “Domó la tierra con el corvo arado”; *lascivo* (cf. *B* 2.64 “lasciva capella”), empleado en varios sentidos latinizantes por Garcilaso, Góngora y los poetas barrocos, tal vez lo sea por Covarrubias en “*poeta lascivo*”: el que escribe de amores” (s. v. *lascivia*; v. q. i., n. 94)⁸⁹.

Entre el latín y el español está *alm(o)*, que Covarrubias, según vimos, ilustra por los himnos latinos (“Alma Redemptoris mater”) y por el virgiliano *alma Ceres* (*G* 1.5-7), que aún conserva el Diccionario académico actual, clasificando el adj. de “poético”. Del *Tesoro* se intuye todavía su carácter religioso original (v. q. Pérez de Moya: “Alma quiere dezir cosa santa o sagrada”).

Otros adjetivos que hubieran podido ilustrarse con citas virgilianas se leen s. v. *olor*: “*olorífero*, según los poetas” (cf. *E*

⁸⁹ Sobre esp. *lascivo*, cf. mi nota en *Symbolae Pisanae. Studi iberici dedicati a Guido Mancini* (Pisa), de próxima aparición.

12.419), “*undoso*, nombre poético: *el mar undoso*” (cf. *E* 3.693, 4.313); de *frondoso* puntualiza: término poético no usado en la prosa, vale *lleno de hojas* (cf. *B* 2.70, *G* 1.282), con cuya versión vuelve a un tipo que ya conocemos por Nebrija: “cosa llena de hojas” (el propio Hernández, sin embargo, tan pródigo en adjetivos, había traducido “Verde y fresco ramo” ← *E* 7.135 “frondenti ramo”). El artículo encabezado por *espuma* contiene también el adj. *espumoso* (con Nebrija), que Aut. documentará con citas de poetas únicamente.

De *dulce* escribe Covarrubias: “d’este término usan mucho los poetas”, con una cita de Petrarca a propósito de Laura, y otra de Garcilaso, Égl. 3.305 “Flérida para mí dulce y sabrosa”; de *inclito* señala “inclito Achiles”, de Homero, por “el Diccionario griego”. De *crudo* afirma que “se toma algunas vezes por cruel, áspero, desapiadado” cf. *E* 6.304 “sed cruda deo (Caronti) viridisque senectus”, que no cita (desde la Edad Media la forma latinizante había invadido el terreno de la patrimonial, cf. *Libro de miseria de omne* 382c, 443d).

6.2.1.4. Entre los verbos señalamos el ya mencionado *aplar*, que viene ilustrado con un verso de Garcilaso, según vimos, como imitación de *E* 1.142. También califica como poético *arder*, que hubiese podido acompañar con una cita virgiliana, además de la de Petrarca, p. ej., *B* 2.1 “Formosum pastor Corydon ardebat Alexin” (cf. Calepino s. v. *ardo*).

6.2.1.5. El carácter latinizante es una marca literaria más, exclusiva de los idiomas vulgares, pero la distinción entre palabras patrimoniales y latinismos, y la aún menos feliz entre formas populares y cultas, no ha de tomarse sin más como criterio discriminatorio: así, p. ej., la forma correspondiente a lat. *horcus*, que el contenido reserva para el ámbito culto, aparece aún como *huerco* en el *Tesoro* (así también en Mena, *Laberinto*, 245g), frente a *orco* de la mayoría de poetas y traductores del siglo XVI. Por otra parte, *E* 6.585, *B* 10.48-50 e ib. 29-30 vienen citados bajo *cruel* y no bajo *crudo*, que forma lema aparte.

Por lo demás, el acceso al vocabulario por parte del lector habría de medirse por los documentos de la época, como es la

“tabla” o glosario de palabras “difíciles” que agregó Hernández de Velasco a su edición de la *Eneida* de 1574; el aprecio por las palabras latinizantes, por las que reemplazó en su refundición.

6.2.2.1. En cuanto a las ausencias, hemos de recordar la de vocablos correspondientes a los llamados “poetismos” virgilianos, o sea: de los préstamos y calcos con que la poesía latina se esforzaba por imitar a la griega, como *B* 2.46 *calathus*, o *ib.* 10.14 *pinifer* (Nebrija: “lleno de pinos”; Hernández “por el áspero y alto monte Ida” ← *E* 5.252 v. q. “por bosques y montañas” ← *ib.* 7.387, “su cumbre de árboles sembrada” ← *ib.* 8.351)⁹⁰. Sin embargo, en *-oso* (< *-osus*) aparece *ramosus* (v. s. D 2.1.1).

Ya aludimos a *taeda*, que halla acogida en el *Tesoro* s. v. *tea*, pero sin la designación de “poético” (que le atribuye hoy el Diccionario académico con una explicación poco accesible para el lector).

Entre los de escasa o tardía difusión se hallan los adjs. correspondientes a los latinos en *-eus*, *aureus* (cf. los sentidos exclusivamente técnicos en *áureo* en Aut.), *cereus* y *niveus* (Nebrija: “por cosa de nieve”). *Niveo* no habrá entrado todavía en Aut.⁹¹.

6.2.2.2.1. Entre las “ausencias” de voces que habían sido empleadas por los poetas españoles, notamos la de *acanto* (Encina 3.III ← 45, 4.44 ← 20), de *viburno* (*ib.* 1.95 ← 25), *ulula* (*ib.* 8.172 ← 55), en Covarrubias: *autillo*.

Tampoco aparecen *vulto*, que había sido de Santillana, Mena, Juan de Lucena (cf. *DCECH*) y Encina (7.86), y será de Góngora (*Polifemo*, 36) y Pedro Soto de Rojas (*Jardín*, 1379 “el

⁹⁰ Sobre los derivados en *-fer*, cf. Leumann, *loc. cit.*, pág. 152; Lunelli, pág. 170; cf. Lope: *fumifero*.

⁹¹ Cf. Leumann, *ibíd.*, pág. 148; Lunelli, págs. 163-4. En español el epíteto tardó en aclimatarse; cf., p. ej., Calderón, “linda de grana y nieve”, *Gran Duque de Gandía*, ed. Obras, A. Valbuena (Madrid, 1956-60), vol. 3, pág. 108. Es sintomática hoy la prosodia de la marca *Crema nivea*. Como epítetos de la propia nieve, indica Covarrubias *frío* y *blanco*.

claro honor de su sereno vulto”⁹², ni *aura*, que usa Quevedo, ni, en el ámbito de las realia, *coturno*, que será cultismo del barroco: *Polifemo*, 38 (y cf. Salcedo: “coturno es un género de calçado, como borceguí, común a los héroes, y a las ninfas y cazadores”).

Leño con el sentido de ‘navío o galera’ lo señala como de la “lengua toscana”, agregando luego: “los latinos le dieron esta misma sinificación” (es sabida la frecuencia de *legno* en este sentido, p. ej., en Petrarca); también lo empleó como sinécdoque Fr. Luis en las odas “Vida retirada” y “¡Oh ya seguro puerto!”; como es sabido, Covarrubias no le cita como poeta.

6.2.2.2. La baja es particularmente alta entre los adjetivos: prescindiendo de *solene*, que de no estar en la última parte, se hubiese impuesto por su uso en *B* 5.74, donde, en su relación con fiestas y votos, se sustancia la definición etimológica, “lo que se haze de año en año”, no reaparece ninguno de los que Covarrubias enumera junto a *aurora* (excepto *aljofarado*, de extracción y aplicación distinta: “al prado que con las goticas del rocío resplandece le dan (los poetas) el epíteto *aljofarado*”⁹³). A la admisión de *roziado* por *roscidus* (cf. *B* 4.30), aunque ocasionalmente se encuentre como epíteto, obstaba la relación con la familia del mismo tema que vimos en *A* 7.3.3.1. Faltan también, entre los que indican colores, *flavo* (cf. *G* 1.96 “flava Ceres”), *rútilo* (cf. *ib.* 1.454, *E* 8.529), que los poetas reemplazarán con *rutilante* (Lope). Son asimismo ausentes *plácido* (para *B* 2.26 “cum placidum ventis staret mare”, hubiese tenido Covarrubias *sossegado*; cf. s. v. *lecho*); obstaba a su difusión el patrimonial *plaziente* (cf. Nebrija: “*placidus*: cosa plaziente”), tras la concomitancia y lucha en el latín eclesiástico entre *placare* y *placere*; y *lánguido*, que se hallaba en Mena, *Laberinto*, 82d, y que aparecerá en los poetas del barroco (sin embargo, Hernández sos-

⁹² *Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*; citamos por la ed. de A. Egido (Madrid, 1984).

⁹³ Los textos aducidos por M. R. Lida de Malkiel en “El amanecer mitológico en la poesía narrativa española” (1946), *La Tradición clásica en España* (Barcelona, 1975), págs. 121-164, aunque numerosos, son insuficientes para ilustrar los epítetos de *aurora* en la poesía española.

laya la dificultad de verter *E* 12.908-9 “oculos ubi languida pressit / nocte quies” simplificando: “Bien como queda en sueños ...”).

6.2.2.2.3. En cuanto a los verbos, ya vimos (A 7.3.3) la interpretación morfológica de *re-sonar*, incompatible con el uso que los traductores e imitadores hicieran del verbo en correspondencia con lat. (*re*)sonare (cf., p. ej., Encina, 5.216-9 “montes, sierras y arboledas / ... / resuenen por las verduras” ← 64 “ipsa sonant arbusta”). Nada se dice del uso de *fatigar* con nombres de seres inanimados como complemento, señalado por el Brocense y por Herrera ad Égl. 2.186-7 (cf. *E* 9.605).

6.2.3.1.1. No todas las palabras que hemos señalado son latinismos, aunque la imitación de los clásicos inducía a ella (cf. *croco* s. v. *açafrán*). Como epítetos se señalan tanto *benigno* como *recio* (aquél de introducción muy temprana en la lengua). *Dulcis* y especialmente *mollis* (dos adjetivos virgilianos como los que más, a los que el *Thesaurus* de Curione dedica sendas dos columnas; v. q. Encina 7.11 “yerva más muelle que el sueño”) ⁹⁴, ocasionaron la proliferación de *suave* (cf. s. v. *arrayán*: “Esta planta por su hermosura, su frescor y su blandura, y por el suavísimo olor de sus flores”; cf. *B* 7.62) ⁹⁵.

6.2.3.1.2. Partiendo de una voz latina no introducida puede llegarse a un latinismo más afortunado: así, de *niveus* pasamos a *candidísimo*, s. v. *cisne* (con *G* 2.199 “niveos... cygnos”): “Ella es un ave blanca de candidísimas plumas, sin mezclársele otra ninguna color”; a propósito del cual hemos de recordar que *cándido* no era todavía de Nebrija, tampoco de Garcilaso, pero

⁹⁴ *Muelle* se halla en el interior de los artículos, referido a las costumbres, con connotación peyorativa; también *lascivo* la adquiriría (en conformidad con la definición de *lascivia*) si se hallara con atribución distinta de la que vimos en 6.2.1.4.

⁹⁵ Frecuentísimo es el superlativo orgánico en el *Tesoro*, por lo que Covarrubias hubiese podido traducir: “Bellísimo en el bosque el fresno crece” ← *B* 7.121 “Fraxinus in silvis pulcherrima”, donde Encina se veía constreñido a rebajar el adjetivo de grado: 161 “En silva fresno es hermoso”.

sí de Herrera (el propio Covarrubias, s. v. *Galatea*: “Garcilaso no le quitó el epíteto de blanca”) ⁹⁶.

6.2.3.1.3. Partiendo del nombre modificado puede observarse cómo atrae el mismo epíteto u otros vernáculos; así s. v. *feroz* aparece “cavallo feroz” ⁹⁷, en correspondencia con lat. *ferox* E 4.135 (en el verso aparece también *sonipes*); s. v. *fogoso*, “cavallo fogoso”; s. v. *loçano*, “cavallo loçano: el que [se] huella con gallardía”.

6.2.3.2. La posibilidad de que la palabra pueda entrañar una metáfora contribuye a su establecimiento como poética, aunque el nexo con la virgiliana sea sólo semántico; lo hemos visto a propósito de (*h*)*elado*, s. v. (*h*)*elar*, que reemplaza *enterecerse*, clasificado de “bárbaro y poco usado”, posiblemente también porque éste y el arc. *arrezido* sólo podían relacionarse con el frío material, propio también de cast. med. (*h*)*elar* (cf. Lba 1006b “si nieve o si yela”) y *helada* (cf. ib. 1349a).

6.2.3.3. Más allá de las palabras están los conceptos (v. s. lo que se vio de *hurtos* en el lenguaje amoroso), y sobre todo las imágenes sugeridas por las palabras; en este caso, por las palabras latinas correspondientes.

Véase cómo el art. *fresa(s)*, “por la mención que hizo Virgilio” (B 3.92-3, coloca a éstas en su lugar entre las flores, como símbolo de la tentación: “Qui legitis flores et humi nascentia fraga, / frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in herba”, en un pasaje que tuvo tanta repercusión en la poesía (de Castillejo y otros). Véase cómo *golfo*, donde la ac. que da Covarrubias como exclusiva, “en vulgar castellano siempre entendemos *golfo* por mar profundo desviado de tierra en alta mar” ⁹⁸, va acor-

⁹⁶ Según ya indicamos, llama el Mincio “río cándido”, s. v. *cisne*, posiblemente por la presencia de éstos en G 2.198-9 “et qualem infelix amisit Mantua campum / pascentem niveos herboso flumine cyncos”.

⁹⁷ *Feroz* es epíteto frecuente en la poesía barroca; cf., p. ej., los versos de la Dedicatoria de *La primera parte de la Retórica* del ya mencionado Juan de Guzmán (Alcalá, 1589).

⁹⁸ Aún el Diccionario académico actual refleja este sentido, corriente pero no único, con toponomásticos como *Golfo de las Yeguas*.

de con la explicación adicional de que “adondequiera que estendamos los ojos, no vemos sino cielo y agua”, inspirada en *E* 3.192-3 “... caelum undique, et undique pontus...”, o sea en una visión de la realidad permeada de poesía. (La misma explicación aparece s. v. *engolfar*, pero sin cita latina.)

Aun las palabras de las que Covarrubias da una definición prosaica, como *rastro* (1): “La señal que dexa en la tierra la cosa que llevan arrastrando por ella”, adquieren resonancia épica (y por ende excluyen la calificación de “vulgares”) por el pasaje aducido, o sea: *E* 1.483, que reproducimos aquí en la traducción de Hernández para que se vea cómo suena el texto virgiliano, vertido al español con el verbo correspondiente: “Tres veces parecía el fiero Aquiles / haver el cuerpo muerto del triste Héctor / en torno al muro iliaco arrastrado”.

6.2.4. El impacto de los textos virgilianos en cuanto a vocabulario poético y a comprensión poética de los vocablos es difícil de aquilatar, especialmente en los artículos en que la definición y subdivisión “técnica” predominan. Así en el de *espuma*, encabezado por la definición calepiniana (ya en Plinio), “La hez rala, que qualquiera cosa líquida echa de sí, o hirviendo al fuego o siendo meneada con velocidad y agitación, la qual nada encima”, con la (también usual) división como “la espuma de la olla o la del agua agitada, de la sangre, de la miel y de la leche” o la del agua agitada, acompañadas de cinco citas virgilianas (sólo una está en el Calepino), entre las cuales la imagen de la espuma encrespada entre las rocas, *E* 3.567-8 “Ter scopuli clamorem inter cava saxa dedere. / Ter spumam elisam et rorantia vidimus astra”, es destacada como poética: “danle a la espuma epíteto de *blanca* y de *cana*” (v. s. 6.2.1.4); cf. efectivamente Hernández: “Tres veces vimos cana espuma alzarse”.

El estar tan entreverada la poesía de Virgilio con las cosas de la vida y de la naturaleza es una de las razones que hacen de él el Poeta por antonomasia, inigualable. En la adaptación a la poesía renacentista, y más cuando éste sirve de tamiz, hay una selección: se sienten como poéticas ciertas palabras más que otras y en ciertos contextos más que en otros.

Contribuiría a esta selección el ser la palabra un adjetivo apto

para la calificación, como en el caso de *espumoso* (v. s. 6.2.1.4), y también en el de *palustre* cuando lo hallamos, p. ej., en Herrera, en el comentario garcilasiano ad El. 1.145-50, aunque en el *Tesoro*, según vimos, lleva un sello más concretamente botánico.

Por lo demás, y esto es muy significativo, el canónigo con- quense, lector de poetas latinos y al mismo tiempo de poesía tra- dicional, pasa sin sentir de la palabra al concepto o imagen: véase s. v. *álamo*: “Dan por epíteto al álamo *trémulo* ... y assí dize el cantarcillo viejo ...: —De los álamos vengo, madre, / de ver cómo los menea el aire” (*tremulus*, huelga señalarlo, era epí- teto virgiliano, aplicado en *E* 7.9 a la luz, en *B* 8.105, a la llama, en *E* 7.395, a los alaridos).

F. Volviendo a la temática que hemos expuesto arriba (C), queremos ilustrar ahora con qué “códigos” Covarrubias va al encuentro de las citas virgilianas cuando se las apropia o se preocupa de amalgamarlas de algún modo en su dictado.

I.I. En la parte enciclopédica, el suyo es el lenguaje de los comentaristas y tratadistas al uso (un Diego López, p. ej., apos- tillando con noticias eruditas las obras de Virgilio que iba tra- duciendo). Véase, p. ej., “*Parnaso*: monte celebrado de Apolo y las Musas y por la fuente Helicon, cosa muy sabida y tratada de los poetas”; “*luna*: fingen los poetas tener tres rostros”; *E* 4.511 “*tria virginis ora Dianae*”, que cita, está sacado del cé- lebre pasaje en que Dido, preparándose a morir, invoca a Diana entre los dioses de los íferos (504 y sigs.).

I.I.I. En particular se hace eco de los mitógrafos cuando resume, s. v. *harpías*, el texto de *E* 3.214-8:

Tristius haud illis monstrum,
nec saevior ulla / pestis et ira
deum stygiis sese extulit un-
dis, / virginei volucrum vultus
foedissima ventris / ingluvies,
uncaequae manus et pallida
semper / ora fame.

“Unas aves monstruosas con
el rostro de donzellas y lo
demás de aves de rapaña,
cruelles, suzias y asquerosas.”

En la *Filosofía secreta* de Pérez de Moya, l. 4, cap. 7, la descripción de las harpías sonaba: “Tenían la cara como de vírgenes; las bocas amarillas, como cosa hambrienta; el cuerpo como de buitres, con pluma y alas como ave; los pies y brazos humanos, con uñas agudas como monstruos” vol. 2, pág. III. V. q. s. v. *Gerión*: “D’este se cuenta fabulosamente aver tenido tres cabeças, seis braços, seis piernas, pero un cuerpo y un solo corazón, y averle vencido Hércules, como dixo Virgilio, E 8.[201-3] «Maximus ultor / tergemini nece Geryonis spoliisque superbus / Alcides aderat».”

En el art. *fama*, tras la cita virgiliana, E 4.174-5 “Fama malum, quo non aliud velocius ullum, / mobilitate viget viresque acquirit eundo”, donde Virgilio combina tan magistralmente la personificación y la abstracción, Covarrubias echa por la vertiente iconográfica: “Los antiguos pintaron la fama en forma de donzella que va bolando por los aires con las alas tendidas, y una trompeta con que va tañendo”. S. v. *discordia*, E 6.280 “Discordia demens / vipereum crinem vittis innexa cruentis” le sugiere asimismo: “Pintávanla con la vestidura rasgada”.

I.1.2. Tras de lo cual prosigue, con transición muy característica de lo pagano a lo bíblico: “Y por la capa dividida en partes sinificó Achías profeta la división del pueblo de Israel (IRE 21: 27)”, con lo que llegamos al lenguaje de la interpretación por el sentido evemerístico; cf. s. v. *Gerión*, ya citado, donde prosigue: “Según verdad histórica, éstos fueron tres hermanos...”, naturalístico: “los mitológicos interpretan por el cerbero la tierra”, s. v. *cancerbero*, y moral, que Covarrubias adopta en su versión de E 3.331, s. v. (*F*)*uria(s)*, sobre el tormento de Orestes: “Et scelerum furiis agitatus Orestes”, “y allá dentro de su conciencia le fatigavan y atormentavan”, inducido tal vez por Cicerón, Pro Roscio 67, cuya larga cita introduce con las palabras: “Cicerón... nos moraliza bien esta fábula diziendo...”.

Así el texto virgiliano es privado del aliento poético, excepto el intrínseco a la ósmosis entre mito y realidad.

I.2. No nos detenemos en las frases propias de la etiología (cf. “De las cañas se hizieron las primeras flautas” s. v. *caña*),

y sólo señalamos que cuando la descripción virgiliana se transforma en dato, no deja de evocar una abundancia de particularidades: cf. s. v. *máscara* como éstas se hicieron de la corteza de los árboles “abriéndoles ojos, narizes y boca”; Virgilio se limitaba en *G* 2.387 al verbo *cavare*.

1.3. Con las crónicas, de las que Covarrubias fue ávido lector, pueden compararse la vivacidad y los detalles descriptivos que presenciamos, p. ej., s. v. *baluarte*, cuando introduce *E* 11.915 “Considunt castris ante urbem et moenia vallant” del modo siguiente: “Los antiguos para assentar su real llevaban unos horcones gruesos y por una parte puntiagudos, para más fácilmente hincarlos en la tierra, y haziendo sus fosos y trincheas hincavan estos estacones y les arrimavan fagina y tierra con que se forticavan”. Véase también la glosa de *sedición*, inspirada en *E* 1.148-50 (donde *seditio* aparecía como segundo término de la comparación): “Alvoroto que suele causar en un pueblo, quando se divide en particularidades y vandos, y vienen a las manos”.

2. En la descripción de nombres de animales, plantas y otros seres de la naturaleza, las fuentes, bien sean los naturalistas “Laguna sobre Dioscórides” u otros, brindan ejemplos de definiciones-descripciones; cf. *lagarto*, *serpol*, etc. Aquél da ocasión para devolver al lenguaje objetivo, “Estos lagartos tienen un color verde” lo que en *B* 2.9 “Nunc viridis etiam occultant spineta lacertos” refleja la impresión que causara en el poeta el reptil en su hábitat.

G. Ya nos han salido al paso ejemplos de adaptación y traducción. En este apartado queremos ilustrar ulteriormente cómo la lengua española bajo la pluma de Covarrubias va al encuentro del latín de Virgilio, y cómo éste viene reflejado o transformado por el lexicógrafo.

1.1.1. En las nomenclaturas, la capacidad de la lengua vernácula de verter las palabras latinas virgilianas que Covarrubias trae a colación es obvia, cuando los significantes son universales

o se mantienen en el tiempo: véanse *abeja* ← *apes*, *alheña* ← *li-gustr(um)*, *colodra* ← *multraliium*, *vancos* ← *transtra*, y las demás que enumeramos con las correspondencias latinas en nuestro apéndice, a las que podrían agregarse las voces internas en las traducciones y perífrasis, como *natura* G 3.281 ← *inguen*, s. v. *hipomanes*, pero *áspero* ← G 1.120 *amarus*, dicho de la fibra de la endivia (s. v.).

1.2.1. La comparación en las nomenclaturas revela cierto número de palabras que pasan o habían pasado al castellano por préstamo, pero también el uso de otras de origen distinto, especialmente cuando hay atracción del texto al ámbito cultural del traductor, como en la versión de *borzeguí* por *cothurnus*, o *francés* por *gallus*, s. v. *ganso* (después de emplear *galo*, s. v. *ánsar*).

1.2.2. No nos detendremos en las versiones perifrásticas como *armar tienda*, s. v. *tienda* ← E 2.29 *tendere*, o como *dar indicio*, s. v. *argüir* ← E 4.13, *quedar en otra figura*, s. v. *afear* ← E 2.255 *foedare* (cuya especificidad y difusión serían superiores a las del lema), y tampoco en las voces simples por perífrasis, como *estragar* ← E 9.526-7 *stragem edere*, y con más razón, *coronar*, s. v. *corona* ← E 3.525-6 *coronam induere*, y ya en un ámbito más específicamente literario, *arar*, s. v. *toro* ← G 1.63-65 “*terrae (pingue) solum invertere*”.

1.2.3. Tampoco señalaremos todos los ejemplos de voces de extensión semántica mayor, como en el caso de *colorado*, s. v. *(y)ezgo* ← B 10.27 *sanguineus*, pero entresacamos como significativo “*Horror* vale miedo, espanto con temblor”, por cuanto nos hace pasar de la palabra de extensión mayor, *miedo*, a un sintagma inducido al parecer por E 3.29 “*Mihi frigidus horror membra quatit*”.

Lo que no impide que haya versiones exactas: “*puntas ... o empulgueras*”, s. v. *cuerno* ← E 11.861 “*capita (pharetrae)*”. A cuyo propósito viene a cuento también la posibilidad que señalamos arriba (A 10.1.1) de la doble nomenclatura (v. q. *mortero* o *almirez*, s. v. *salmorejo* ← Moretum 114 *mortarium*). Por lo demás, Covarrubias ofrece a menudo una alternativa, gracias

al consabido recurso al desdoblamiento: *venablo* o *lança*, s. v. *ladrón* ← *E* 12.8 *telum, delgado* y *suave*, s. v. *seda* ← *G* 2.121 *tenuis, fatigar* y *atormentar* ← *E* 3.331 *agitare, poner en cólera* y *animar*, s. v. *añafil* ← *E* 6.164-5 *accendere* (v. q. s., n. 29 “traspuesta o enxerida”).

1.2.3.1. Por lo general, tiende a rebajar las metáforas, como en *piel*, s. v. *lince* ← *E* 1.323 *tegmen*; traduce *madre* ← *matrix* y no *G* 3.136 *genitale arvum*; evita la hipálage: s. v. *lince*, “la piel de lince es varia y manchada” ← *E* 1.323 “*Maculosae tegmine lyncis*”; s. v. *toro*, “con cuernos y cabeza de toro” ← *G* 4.371-3 “*et gemina auratus taurino cornua vultu*”.

1.2.4. Por otra parte, suple la palabra más solidaria: “*canta o gime*”, s. v. *tórtola* ← *B* 1.58 *gemere*.

1.3. Algunas correspondencias afectan a la fraseología, pero específicamente fraseológicas hay pocas; cf. *despeluzarse los cabellos* o *erizarse los cabellos (de miedo)* o (*h*)*erizársele a uno los c.* ← *E* 2.774 *stare comae*. Habría que estudiar *llevar alas en los carcañales*, s. v. *ala*, respecto a *E* 8.224 *Pedibus timor addidit alas* (v. q. *Emblema* 1.46).

1.4. Es significativa, aunque esporádica, la relación con los dichos y con los refranes; en correspondencia con un pasaje virgiliano hallamos, s. v. *granizo*, *saltar como granizo en albarda* ← *G* 1.449 “*crepitans salit horrida grando*”. En conexión lata con la exaltación virgiliana en *G* de la utilidad de las abejas, Covarrubias aduce el proverbio *abeja, oveja y piedra que trebeja*.

2. El léxico y la fraseología se adelantan a los demás instrumentos de la lengua; por lo que la correspondencia de palabra a palabra o de frase a frase no aseguran que se pueda trasladar el conjunto. Así en el caso de *E* 4.13 “*Degeneres animos timor arguit*”, donde el obstáculo para una traducción literal lo constituye el aparecer como sujeto un nombre abstracto en presencia de otro que representa al ser personal. Hernández devuelve a éste el papel que le es propio (aun a costa de emplear

la pasiva): “porque un corazón vil luego es rendido / a cualquier miedo y a cualquier afrenta”.

El *Tesoro* no es el instrumento más adecuado para medir la distancia entre el español y el latín en el aspecto sintáctico y estilístico; más allá de las consabidas correspondencias, como la del gerundio por el participio (cf. s. v. *trofeo*, “cortando las ramas” ← *E* 11.5 “decisis undique ramis”) y de la redistribución de las categorías gramaticales, observamos, p. ej., la reproducción del caso oblicuo en una frase hecha de verbo modal, s. v. *ciruela*: “la cortesía que dize devérseles” ← *B* 2.53 “honos erit huic quoque pomo”.

3. En conjunto, la versión, cuando la hay, puede calificarse de simplificadora, como era de esperar; un ejemplo típico se halla s. v. *cisne*: “(ave que) anda muy igual y sesga” ← *E* 1.393 “Aspice bissenos laetantes agmine cycnos”.

Los pasajes virgilianos representan una sustancia poética que el diccionario difícilmente puede trasladar. Lo hemos visto también a propósito de *lagarto*. Algo, sin embargo, permanece. Véase, s. v. *tomillo*, cómo el autor se coloca entre el Calepino “*thymus*: ... frutex humilis, odoratus, apibusque gratissimus”, y Virgilio, *B* 7.37 “Nerine Galatea thymo mihi dulcior Hyblae”, cuando escribe: “es muy olorosa y de su flor hazen las abejas dulcísima miel”, con un compromiso entre la descripción de la cosa en sí y su presentación al vivo.

Posiblemente la influencia de Virgilio vaya más allá de los artículos citados. Sin el concurso del Mantuano tal vez no leeríamos, s. v. *cadahalso*: “desde allí se empiegan a inclinar los montes ...”; cf. *B* 9.7 “qua se subducere colles incipiunt mollique iugum demittere clivo” (v. q. Quint. 8.6.46); ni, s. v. *estender*, “estenderse los campos: descubrir mucha llanura”; cf. *G* 2.287.

H. Ya recogiendo los hilos de nuestro discurso, vemos ahora que la relación entre los dos aspectos del tema cuales los prospectábamos en las dos secciones iniciales, el *Tesoro* como trasunto de los léxicos latinos anteriores y de recopilaciones (general-

mente tardías) de los saberes, y “Virgilio en el *Tesoro*”, se ha demostrado como menos heterogénea de lo que a primera vista podía parecer: Virgilio había sido el *auctor* por excelencia de la lexicografía y se presta también como hilo de Ariadna en los laberintos de la erudición renacentista y barroca.

En un período en que la lengua española, especialmente la poética, estaba todavía abierta hacia el trasiego del latín, el impacto de Virgilio se manifiesta potencialmente en las muchas citas que aduce de él, y efectivamente en las de Garcilaso. Cuando luego tales citas se eliminarán del Diccionario de Autoridades, seguirá manifestándose indirectamente tal impacto en los versos de Encina, Garcilaso y otros autores que remplazarán a los de poetas y escritores latinos. Esto ha sido alabado como un índice de modernidad. No obstante, el primer Diccionario de la Academia (y con él los siguientes) no pueden estudiarse sin reconstruir esa presencia inicial⁹⁹.

Esperamos que nuestro trabajo sea útil para la lectura, comprensión y edición de una obra tan representativa y útil como el *Tesoro*, en que Virgilio pervive, aun en sus *diseicta membra*, y para estudiar más o fondo los problemas que hemos planteado.

MARGHERITA MORREALE.

⁹⁹ De “Virgilio en el Diccionario de Autoridades” nos ocupamos en un ensayo de próxima aparición en *NRFH*.